



DNT

xix

687

SEÑORES DE SALDÍVAR



R. 67.178

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

---

SEÑORES  
DE  
SALDÍVAR

NOVELA ESPAÑOLA

---

TOMO I

---

MADRID  
IMPRESA DE FORTANET  
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

—  
1887



---

ES PROPIEDAD.

---



## I.

**P**ODRÍA yo decir muy bien el nombre de la calle, en Madrid, y el número de la casa, en una de cuyas habitaciones, lujosa y con mobiliario de muy buen gusto, voy á presentar en este momento á cierta chica guapa, de gran historia, hija única de los señores de Saldívar; pero no pudiendo decir el nombre de la calle, ni el número de la casa—pues sería peligroso, por razones que yo sé,—conténtate, lector de mi alma, con la seguridad de que la calle está muy cerca del Prado;

pon ahora á la casa el número que gustes, y déjame yá, que empiece hablándote de Carmela.

Estuvo Carmela de un humor de los diablos todo el día; se quejaba continuamente; la interrogó su madre, afanosa, y no respondió á sus preguntas. «¿Podía ella decirlo acaso?» Era un estado de nerviosidad exaltadísimo; sin embargo de que siempre fué una chiquita angelical, adorada de todos, hasta de sus mismos criados, desde hacía algún tiempo se hizo aborrecer de los últimos. ¡Válgame Dios, qué niña! Era mucha señorita aquella, en acometiéndole la manía. ¡Cómo los trataba á todos! ¡Jesús, qué impertinente! ¡Cómo les ordenaba esto y aquello por el gusto de molestarlos! ¡Qué asperezas! ¡Qué mala sangre! ¡Qué reprensiones por cualquier insignificancia! Y no había otro remedio que servirle al punto, porque en caso contrario, entonces sí que el papá se enfadaba: tenía adoración por su niña, y olvidábalo todo como de ella se tratase.

Ya lo dije al principio: el día á que me refiero estuvo insufrible; como rendida, después de horrenda batalla, se medio tendió al fin sobre un sofá del pequeño saloncito que servía de antesala al lujoso estrado; allí se mantuvo toda la tarde, reclinada con indolencia de criolla; extendidas las piernas y cruzados los piés uno sobre otro; los brazos caídos á lo largo del cuerpo, cerrados los ojos, inmóvil, silenciosa; el rostro blanco, inánime, como de escultura, y pálido, no con esa palidez aristocrática, para uso particular de las elegantes de hoy, sino enfermizo, manchado suavemente con celajes que parecían amarillentos, ese amarillo de las constituciones enfermizas ó excesivamente biliosas; exornábase su cara con una boca pequeña y bellísima; los labios, grietados y secos, los contraía entonces con gesto dolorido; y de los ojos, grandes, negros, de pestañas larguísimas y arqueadas, surgíale llanto abundoso.

— ¡Pero esta criatura! Nada; no es posi-

ble hacer carrera con ella. ¿Qué tienes, mujer, qué tienes?

Así hablaba su madre alguna vez que entraba en el salón. No respondía Carmela, y estábanse allí la mamá, sentada á su lado, mirándola cariñosamente y con inquietud grandísima, fruncidas las cejas, y los serenos ojos clavados con particular atención en el semblante de su hija.

Hacía ya mucho tiempo que á Enriqueta tenía en cuidado la salud de Carmen, aquella niña, que fué siempre el delirio, el deleite, el goce supremo de castas ambrosías de gloria, que saturaban su corazón de mujer honrada y esposa buena. Lo que más ponía en tortura la imaginación de la madre, era que la niña jamás hizo distinción de personalidad ni afectos, cuando así se dejaba llevar de aquellos arrebatos, explicables, mirando su amarillez, presagio de la bilis que se revolvió en aquel cuerpo delgado, flexible, suave, bello, con delicadezas del lirio que se dobla, ondulaciones del lago que se riza, ter-

sura de planta de invernadero y estremecimientos de culebra que se arrastra.

No; desgraciadamente no había distinción de ninguna clase: tratábalos por igual; su padre, su madre, sus criados, todos eran lo mismo para ella: «unos malos que no la querían; que la estaban mortificando siempre, solo por verla llorar y fatigarla.» Observábase que con quien más se ensañaba en estas horribles crisis, era contra su madre. La pobre Enriqueta, la sobrellevaba con mansedumbre dulcísima, se estaba á su lado, la contaba mil historias para hacerla reir y que se distrajese, y al mismo tiempo la miraba con profundísimas inquietudes.—No, —decía en sus ratos de hondo desconsuelo; —mi hija no está como estaba. ¿Por qué se ha puesto así? ¿Qué le sucede? Y mortificábase sin descanso por encontrar la causa de estas exacerbaciones, tan peligrosas para la niña.

Aquella tarde estuvo Enriqueta más resignada que nunca, porque se propuso descu-

brir el mal, para cortarlo de raíz, si aún era tiempo; su propio instinto decía que la enfermedad de la muchacha, era más bien moral que física; y tenía motivos para creer, por antecedentes que conocerá el lector luego, que era la enfermedad de la juventud la que tan á malas la traía con todos: el amor, que se fué introduciendo poquito á poco, y sin pedir permiso á nadie, en el alma de la niña, para darla tormentos; no podía ser otra cosa. A pesar de su color que parecía enfermizo, gozó siempre de buena salud Carmela de Saldívar; no fué Carmela nunca de muchas carnes; delgada, sí, pero bien formadita, y con cierto desarrollo, que por aquel tiempo, según las apariencias, iba por buen camino. Nada; Carmela, indudablemente, tenía guardado en lo profundo de su corazón algun secretillo de esos que son la vida y la muerte, al mismo tiempo, de la mujer en estado nubil; secreta ansiedad, insomnios, alegrías recónditas, lágrimas inexplicables, exaltaciones nerviosas... No; á Carmela le pasaba algo, y En-

riqueta pensaba que su condición de madre imponíale el deber de velar por su hija, sacándola, á ser posible, y con la mayor delicadeza, de aquel estado que podría tener sobre la pobre, consecuencias fatales. Instó pues, Enriqueta, pacientemente y con mucha suavidad, una vez y otra: Carmela no hacía caso: no se arredró por eso la madre: cerca ya de la hora de la comida, Enriqueta abordó de lleno el asunto.

—Oye,—la dijo de pronto y mirándola profundamente;—tú quieres á Manuel.

Al escuchar este nombre, se comprendió perfectamente que había mucha sangre en el cuerpo de aquella niña que parecía anémica. Toda afluyó á las mejillas, se le enrojecieron los ojos que, semejaron granates hermosísimos; se irguió Carmela al mismo tiempo, y crispados los puños, estremecida, convulsa, como si fuera á lanzarse sobre odiosa enemiga, gritó con ese horrible acento de niña voluntariosa que cae como puñalada en el corazón de las madres:

—No, déjame! no tengo nada... ¡Jesús, vete ya!

Cogióla Enriqueta por un brazo.—Mírame—dijo enérgicamente.—Alzó Carmela los ojos á pesar suyo: quiso decir alguna cosa y como si las palabras, queriendo salir á borbotones se le quedasen atragantadas, pareció por un momento próxima á la asfixia; luego respiró fuertemente y exclamó con rabia:

—Que me dejes, suelta ya.

—¿Qué significa ese tono? Cuidado, que es á tu madre á quien hablas.—Así dijo Enriqueta friamente, apretándole más el brazo y soltándolo después. Carmela dió un ligero grito de dolor y se echó á llorar. Enriqueta salió majestuosa, sin volver el rostro.





## II.

**S**i era Carmen de Saldívar, muchacha voluntariosa, sin pizca de sentido, ó doncella grave que llora prematura desdicha, lo comprenderéis en breve: lloró largo y tendido después que su madre la hubo dejado: llamáronla á comer y preguntó si habían llegado los señoritos.

Contestó la doncella, que solo estaba el señorito Pedro con la señora, y que D. Andrés mandó recado para que no aguardasen.

—¿Y el señorito Manuel?—preguntó Carmela con ansiedad poco disimulada.

—Está con el señor.

Hizo un movimiento de impaciencia y exclamó secamente:

—Bueno; dí que no tengo ganas, comeré después.

Nadie volvió á pensar en Carmelita, en apariencia por lo menos: transcurrían las horas y tampoco mostraba Carmen indicios de pensar en los otros; encendíasele la cara por la fiebre; tenía los ojos hinchados de llorar, pero ya secos; habíase el manantial agotado. ¡Ay, lágrimas amarguísimas! ¡Hieles del corazón, que se le desbordaban por los ojos, no siendo ya el pecho bastante para contenerlas! Suspiraba á menudo, y esforzabase por apartar su pensamiento de aquellas negruras en que estuvo hundido. Pero ¡cuán dificultoso era! «No, imposible. ¡Si lo había dicho siempre, desde que tuvo uso de razón! nació para sufrir y nada más. ¡Y cómo salió lo que decía! ¡Luego, aquel hombre de tan poca decisión, que tanto pensaba las cosas! ¡Qué Manuel, Dios Santo, qué Manuel!

¡Pero ella le adoraba de todos modos! Ya procuraría infundirle valor, porque las cosas no podían continuar siempre lo mismo: ya buscaría ocasión de hablarle en secreto.»

La tarde moría, un tibio rayo de sol, penetraba por los cristales de uno de los balcones; bañaba el sol plácidamente una parte del piso; íbase extendiendo hacia la pared con lentitud que resultaba invisible, como la mancha que se extiende sin que la más sutil retina pueda seguir su paso: fijaba Carmela con vaguedad los ojos en aquel suavísimo cuadro de luz: absorbíase en la contemplación de los millones de partículas que en el reflejo dorado daban tumbos y giros como planetas en rotación continua por reducido espacio: hubiérase dicho que Carmen intentaba contar aquellas partículas, según estaba de embebida en su contemplación; paseaba la vista lentamente de un extremo á otro de aquella cinta brillante, que tomando vida en el largo vidrio, iba á tropezar en la alfombra; avanzaba siempre la luz hacia la pared,

como si la mancha solo hubiera tenido fuerza para extenderse á un lado: en la juntura de la pared con el piso, estuvo el sol largo tiempo, tomando quizás respiración para ganar la cuesta; hizo al fin un pinito y comenzó la subida, con más ligereza, como para recuperar el tiempo perdido; seguía Carmen siempre con la vista clavada en el rayo de sol, más pequeño, más débil, más plácido, cuanto más avanzaba en su camino, á semejanza del hombre, que va perdiendo en tensión vital, lo que á fuerza de lucha gana en años. ¡Cómo se revolvían á la vez los exaltadísimos pensamientos en la imaginación de Carmela Saldívar! « Aquel hombre á quien había conocido desde niña y con el cual se había criado; al que en un principio tomó afecto de hermana y después adoró como amante, sufriendo torturas y suplicios horribles! ¡En qué malhadada hora le ocurrió á su padre, prohijar á Manuel, para que fuese andando el tiempo, el causante de todas sus aficciones! cuando tenía Manuel

quince años y ella pasaba los días en el colegio de interna, ¿no iba él á la Universidad, para hacerse hombre de provecho? Cuando llegaba la época de las vacaciones, ¿no salía Manuel por esos mundos con Pedro, por orden de D. Andrés, á fin de que los dos se instruyeran? ¿Por qué, pues, hacía dos veranos, tuvo Manuel la mala tentación de quedarse en Madrid todo el tiempo de las vacaciones, cuando ella salió ya del colegio; cuando ya los dos llegaron á comprender que se querían? Era para volverse loca: tan amable, tan ingenioso, tan discreto; viéndose todos los días, hallándose á todas horas... ¡ay, Dios mío, Dios mío!» Así pensaba Carmela, siguiendo con inquietud en su imaginación los detalles de aquella historia, sin separar los ojos del reflejo dorado que continuaba lentamente en su acceso, más vago, más dulce; era ya solo un matiz pálido y suavísimo, el estertor de la tarde, la lágrima de despedida de la luz... «Ella resistió en un principio las seducciones de Manuel,

de aquel hombre, en cuyos ojos hermosos, negros, dilatados y fijos en ella siempre, leíase el cariño que ardía allá en lo profundo de su corazón juvenil, ardiente, con arranques frenéticos y suspirar de virgen tímida... sí, le correspondió; le quiso también locamente; como se debe querer; consagrándole su existencia toda; adorándole; enamorada de sus ojos, de su andar, de su semblante, de su palabra, de todos sus actos, sin definirlos, porque eran suyos.» Se encolerizaba al llegar á esta parte de sus reflexiones. «Si tanto se adoraban los dos, ¿por qué no eran felices? ¿Por qué su padre, que tanto la quería,—quien debió pensar más que ninguna otra persona en su ventura,—se opuso una vez y otra, siempre que por insistencia de ella misma, Manuel le hablaba de casamiento? Irritábase Manuel de este modo, y allá, en lo íntimo suyo, en el ángulo más oculto de su cerebro, flotaba en estas ocasiones como una ráfaga de ardentísimo odio, para el hombre que tan contrario era de su dicha

y la de su Carmen... No, ¿á qué sufrir así? ¿A qué purificarse de aquel modo? si ella no tenía la culpa! su suerte, su destino; la eterna negativa de su padre, más tenaz y desesperada cuanto más el tiempo transcurría, fueron motivo de que la pasión ya engendrada se arraigase hondamente! ¡Qué amargos ultrajes! ¡Qué indiferencia hacia los dos tan manifiesta y despreciativa! ¡Qué modo de tratar aquella pasión, de tontísima niñada! ¡Qué despego! ¡Qué desdén! ¡Qué sonrisilla benévola, afectadora de superioridad ofensiva!... ¿Acaso no concluyó ya Manuel su carrera? ¿No era un abogado que alcanzaría fama, según el mismo D. Andrés aseguró muchas veces? ¿No se portó en todas ocasiones como joven pundonoroso, hidalgo y de generosidad?; pues de lo que había sucedido luego, no era culpable Manuel, ni ella tampoco. Sin duda, que su madre la hubiese ayudado en la situación dolorosa en que se hallaba. ¡Su madre! Acaso, ¿no se declaró desde hacía algún tiempo como su

mayor enemiga, bajo aquella apariencia de solicitud cariñosa y maternales anhelos? No; nunca la diría una palabra; inspirábale horror que su madre tuviese conocimiento de sus aflicciones: sería mala su madre con ella. ¡Ay! jamás perdonaría á nadie, ni á su hija tampoco, el delito de amar á Manuel, á quien también consagraba sus atenciones y desvelos: de quien se ocupaba á todas horas, con manifiestas inquietudes, surgidas de un cariño exagerado. ¡Era tan guapa su madre todavía!» ¡Sintióse Carmelita abrasado el rostro por la vergüenza á tan abominable pensamiento! El rayo de sol, tibio, dulce, apagado casi, le pareció una sonrisa de pena que su madre le dirigía: una protesta dolorosa contra aquel pensamiento de horrores... «No, ¡pobre madre! Si ella siempre fué una santa, sí; mujer noble y honradísima, famosa por su digno comportamiento y virtud; no, su madre no tenía contacto ni parecido con la hija, la mujerzuela con orgullos destemplados y esbozos de virgen, que cubría

bajo la timidez engañosa de doncella recatada, el envilecimiento de la carne y la idea rastrera! ¡Ay Señor divino! ¡Santa Virgen María! Como anhelaba Carmela que la perdonasen; ella no fué mala, no fué perversa, no: fueron las contrariedades que sufría, el amor, la ansiedad, los arranques frenéticos de Manuel, su locura de cariño, un instante, un beso...» El rayo del sol, subía! subía, más dulce, más débil, apagado, mortecino, pero más rápido á la par que se gastaba; trepó á una silla, agarrándose á la pared al mismo tiempo, como chiquillo que aún no soltó los andadores: deslizóse luego por la pared arriba, ya solito; mordió primero el filo de gran marco dorado con fondo celeste, que encerraba el retrato al óleo de D. Andrés, se confundió con el matiz de oro del marco, resaltó sobre la nota celeste del fondo, se escurrió por la pintura... Carmela, siempre abstraída en sus pensamientos, inmóvil, angustiada, fijábase en el rayo del sol que subía, muriendo... De repente, se

incorporó nerviosa, agitadísima, febril: la nota plácida, el dulce reflejo, se proyectaba sobre la fisonomía severa de D. Andrés: vió en aquellos ojos de mirada dura, imponente amenaza y amago de golpe; tembló convulsa, zumbaron sus oídos, creyó percibir horrenda gritería por todas partes.—¡Liviana! ¡Liviana!—Sí, lo estaba oyendo: se tapó el rostro con las manos, y confundida, palpitante, avergonzada, henchido el pensamiento de horrores y el alma de cariños, se reclinó de nuevo, estallando otra vez en tempestad de sollozos. El rayo de sol se había extinguido: poco después estaba ya el salón á oscuras.





### III.

**D**IJÉRONLA en nombre de Enriqueta, que se alistara para ir al teatro: se levantó sin decir una palabra: «la conducta de su madre ¿qué significado tenía? ¿No reveló claramente en aquella orden, que no la trataba como á hija á quien se quiere, sino antes al contrario, como á rival odiosa?» Se vistió con lentitud: se lavó los ojos, procurando borrar las huellas que las lágrimas dejaron; salió á los pocos minutos; estaba ya alumbrado el saloncillo: las luces de las bujías se proyectaron sobre el rostro de Carmen, que inclinó la mirada,

molesta al parecer con el deslumbrante brillo; pero no fué la luz de las bujías, la que le hizo agachar los ojos, sino Enriqueta que la estaba mirando: Carmen sintió bienestar en el corazón; había creído ver un sentimiento profundísimo de amor en aquella mirada... «¡pero no, imposible! todo lo que pensó Carmen aquella tarde y lo que estaba pensando aún, era verdad, ¡su madre la tenía odio!»

—Recuerda que no has comido,—dijo cariñosamente Enriqueta, como olvidada por completo del anterior lance.

—¿Qué importa? Vamos,—contestó ásperamente.

No se dió por entendida la mamá; pareció muy preocupada, sujetándose ante el espejo un rizo rebelde. Carmela se calzaba los guantes: hubiera entusiasmado á cualquier artista, como lindísimo capricho para una tabla, la contemplación de las dos mujeres, ante el espejo la una, hermosa, arrogante; la otra, delgadita, pálida, nerviosa y bellísima; ambas vistiendo con elegancia y

gusto hasta el refinamiento, encerradas las dos entre rasos y encajes vaporosos; era Enriqueta, alta, gruesa sin desproporción, joven aún, como de treinta y seis años, blanquísima, de cabellos negros, ojos negros, también grandes, expresivos, robusta y gallarda, con redondeces de matrona y duras carnosidades de virgen: nada de espiritualismo: había en aquel temperamento las exigencias de una organización poderosa en su perfecta función y ajustándose á la esfera de la dignidad y del recato: hubiera encontrado el fisiólogo en la complexión de Enriqueta, musculatura fuerte, bajo aquella piel, sedosa y fina, con blancura de armiño y suavidades de raso; circulación instantánea de la sangre; exigencia en el aparato digestivo; abundancia de sangre rica en glóbulos rojos y fácil armonía en todas las funciones, unido con una sensibilidad exquisita; rasgos en el semblante, correctísimos y finamente modelados; resistencia para la fatiga y excitación moral que contrastaba con su

carácter frío en la apariencia, no siendo otra cosa sino la mesura que da en el individuo un porte grave y severo. En la mirada profundísima y ardiente, en la ligera contracción de los labios, que dibujaban á menudo una sonrisa, virginal como la del niño, ó cual si provocara al beso de los amores lúbricos; en aquella hermosura ardiente á la par que severa, de frescos y poderosos encantos, en la majestuosa y delicada elasticidad de su cuerpo y en la especie de somnolencia en que parecía envuelta, dejábase entrever un volcán terrible de pasiones, como pudiéramos contemplar en toda su corrección maravillosa las esculturales bellezas, una Venus á través de tul vaporoso; pasiones que eran detenidas, atajadas por el freno poderoso de la razón y el aprecio de sí misma.

Carmela era el reverso; al contrario de su madre, delgada, vaporosa, lánguida; semejaban juntas, robusto roble y arbolito de olorosa manzana, y agradaban así las dos,

impresionando el alma hondamente, por su majestad la una y su delicadeza la otra: en los grandes ojos se parecían mucho, y en el tono azabachado del cabello. Por lo demás, Carmen, con los nervios siempre encabritados, y la otra con la sangre que le corría por las venas como rayos de fuego, ambas eran arrebatadas, prontas, decididas, si bien las dos cejaban á la par y con la misma rapidez, Enriqueta por la medida que siempre puso en ella una dignidad y respeto de sí misma exageradísimos, y Carmela, porque después del ímpetu, quedábase rendida, extenuada, inerme, como cuerpo muerto; notábase de este modo, que cuando se encontraban la una y la otra, como Dios prepotente y Luzbel rebelándose, la escena era corta, rápida, febril, vibraciones de acero, recibidas y rechazadas con silbidos de bala; algunas frases, un gesto, un ademán, y silencio absoluto: Enriqueta volvía la espalda indiferente al parecer, y sufriendo cruel tortura: Carmela quedaba sola y confundida;

no solamente amaba á su madre, sino que reconocía y acataba en ella la superioridad, después de pasado su despecho, y sentía vergüenza y bochorno entonces. Luzbel, por lo tanto, era siempre vencido. Lamentábase Enriqueta, hondamente afligida, de que en la niñez de Carmen se hubiera interpuesto siempre entre su autoridad materna y el carácter despótico de la niña, el cariño de D. Andrés, que todo lo hallaba bueno y justo por parte de esta, consiguiéndose de tal modo, que el laborioso edificio de educación que la madre, con inauditos esfuerzos conseguía levantar, cayera de golpe hecho pedazos con una caricia del padre.—Ya se arrepentirá; ya se arrepentirá de sus condescendencias,—exclamaba Enriqueta á menudo.

Acabó Carmela de ponerse los guantes; se arregló un poco el cabello; se dirigió á un lado y á otro como buscando alguna cosa; no quería encontrarse otra vez con la mirada de Enriqueta, que seguía impasible.

—¿Pero qué aguardamos?—interrogó al

fin, impaciente: ya que se me hace salir á la fuerza, ¿á qué estar aquí más tiempo?

—No, á la fuerza, no; si no quieres, no iremos.

—No, si iremos! ¿Qué hago aquí metida?

—Pues aguardemos á tu padre y á Manuel.

—Y no saben que ya es tiempo, ¿por qué no están aquí?

A la voz irritada y aguda de perrilla gruñona, contestó Enriqueta, suave y pacífica, como pasando la mano por el lomo al animal.

—Ten calma, mujer; son hombres y se distraen; tienen compromisos; verás como tardan muy poco.

—Por mí, ya ves; replicó la niña con alguna más templanza—y se echó sobre una butaca indolentemente. Sentóse asimismo Enriqueta: se calzó también los guantes: hojeó luego un álbum que cogió de sobre una mesa pequeñita de centro, habló de al-

gunas cosas insignificantes y levantándose de pronto, exclamó con impaciencia:

—¡Jesús, si acabarán!

—Pero, ¿y qué falta hacen, mamá? vamos solas.

—¿Y si Manuel quería acompañarnos?

Sucedió á Carmen lo que—desde hacía algún tiempo—al oír este nombre en boca de Enriqueta; pareció que la sangre iba ahogarla, apretó los labios convulsa; dilatada la nariz y las sombrías pupilas clavadas en Enriqueta, exclamó briosa y decidida:

—¿Y qué te importa Manuel?

Quedó aterrada Enriqueta de aquel desmán; nunca había llegado Carmen á tanto. Pareció confundirse y sin atinar con razones: al fin repuso entre colérica y afligida:

—¡Pero Carmen!—Carmen se abanicaba con fuerza y sin mirarla.

—Oye—prosiguió Enriqueta;—me importa mucho, por lo mismo que no me importa nada; Manuel es un extraño para nosotros y hay que estudiar siempre la ma-

nera de no herir su dignidad, demostrándole improvisamente en un acto cualquiera, en un ademán ó en una palabra, que es un intruso en la familia, por más que el intruso sea digno y honrado caballero, se haya criado en nuestra casa y le queramos unos y otros, como tú puedes juzgar por el amor verdadero que le profesas.

—¿Qué! ¿Te agradecería que no le amase?

Pregunta fué de Carmen, la anterior, seca y despechada, y rayo de luz que penetró siniestro en el corazón de la madre: lo comprendió todo; sintió desdén, lástima, dolor; coloreado el semblante por la ofensa que le hacían y exasperada por la falta de respeto de la hija á quien siempre rindió culto como á Dios, fué á lanzarse sobre ella en un arrebato; pero se rehizo, y pálida ya, temblorosos los labios, y la frase ahogada, como salida del candente horno.

—Mira, dijo; estoy pensando que alguna ráfaga loca te pasó por el cerebro, haciéndote olvidar quien soy y quien eres...

—Pero mamá...

—Calla y nunca vuelvas á pensar en eso que, no has llegado á decir claramente, y que, sin embargo, yo leí en tu pensamiento: Manuel, será siempre lo que ha sido hasta hoy, por haberlo así deseado tu padre, cuando bajo su tutela le tomó: tu hermano, y mi hijo *nada más*... ¿lo entiendes?—Carmela tuvo miedo: nunca vió á su madre de aquel modo; y como sintiera después un impulso noble.—¡Madre!—exclamó queriendo ir á Enriqueta para abrazarla. La detuvo la madre con un gesto:—¡A callar! continuó—ni una palabra: ahora, vamos y que nos busquen allí.

Cogieron sus abrigo y salieron ambas con embriagante susurro de sedas y menu-do y firme taconeo; cuando penetraban en el carruaje, Enriqueta estaba llorando. ¡Su hija tenía celos de ella!





#### IV.

**L**LAMÁBASE Jacinta la doncella de Carmen; hacía dos años que estaba sirviendo á los señores de Saldívar, pero su conocimiento con ellos, databa de muy atrás. ¡Como que era hermana de leche del señorito Pedro! los padres de Jacinta, eran arrendadores de uno de los cortijos que tenía Enriqueta en Andalucía: no era muy palurda la tal Jacinta para haberse criado entre borricotes, con perdón sea dicho: tenía la muchacha sonrosado cutis, era alegre y bonachona: hablaba mucho y con gracejo particularísimo, aumentándose por sus cadencias

de acento y los términos raros y extravagantes que empleaba, reminiscencia de aquellos días de cerril holganza en que retozona y encendido el rostro se daba de cachetes y zurriagazos con algún jayán, compañero en la guarda de las ovejas y cabrillas; como leal, era un mastín para sus señores, los adoraba con delirio; sufría los repentes y el mal genio, como perrazo noble á quien el puntapié encariña más que desespera, pero jamás cesaba en el sordo gruñido.

Quedó en la habitación, ordenando algunas prendas que las señoras dejaron abandonadas: embebíase en el trabajo, haciendo á la par de su boca, chorro de incoherente palabrería: á los pocos instantes entró un hombre en la sala; no dió las buenas noches, no dijo una palabra y Jacinta continuó su quehacer y murmuración como si tal persona la escuchase: era aquel, de estatura regular, delgado, moreno, de fisonomía enérgica y facciones angulosas; sus ojos, pardos y grandes; su cabello, bronco y espesísimo,

más semejante al del hombre de los países fríos, que al de los meridionales: vestía irrepachablemente y fumaba largo veguero.

Siguió hablando sola Jacinta. «¡Jesús, como lo habían dejado todo! ¡Si ninguna de las dos tenía la cabeza en su sitio! ¡Cuidado con las mujeres!... ¡Ay, Señor de Dios, vayita con el misterio que había en la casa! ¡Y á bien que no era grande, Jesús Santísimo! ¡Cómo estaban unos y otros y ella también, que la tenían ya hecha una lástima y ahogándose con esto y con lo otro; lloriqueos arriba, lloriqueos abajo!... ¡Así, así! con un nudo en el cuerpo que no lo podían echar fuera, y se iban al teatro como si tal cosa y anchotas y fresconazas como lechugas... ¡Qué bien estaba todo! ¡Qué requetebien! ¡Es claro! Por el suelo y por los sillones... Así, así; esperando á que Jacinta lo arregle; ¿quién pagaría el pato, sinó? Allí estaba ella, la muy mandilona, puesta en pié desde por la madrugada hasta la media noche, para ir limpiando la porquería que dejaban

detrás. ¿Pues de cuál *jopo* me amarraba usted al viejecillo, con aquella cara que parecía un anafe volcado y más amarillote siempre que el panal de la cera? ¡Uf! ¡daba susto mirarle! por supuesto, ¡lo que es ella le tenía un respeto, que ya! cada día más regañón y más arrugado, y con aquellos ojos echando unas llamaretas! ¡ay, qué susto! ¡Jesús Santísimo! ¡Si le entraba *repelo* á Jacinta de acordarse! fortuna que se le perdía un poquillo del miedo al vejete, pensando que amaba aquel á la señora y á la señorita y al señorito Manuel...» detúvose aquí Jacinta; y el hombre, que se había recostado en el sofá que por la tarde ocupó Carmela, perezosamente y como haciendo un sacrificio al pronunciar cada una de sus palabras,

—¿Y á mí?—preguntó.

Avanzó Jacinta algunos pasos, hasta cuadrarse ante quien así la interpelaba, y repuso ásperamente.

—Qué no es cosa para bromas ¿estamos, hermanito? y ya tenía yo ganas de pi-

llarte solo, porque lo que es sin un julepe no te escapas, mas que digan que un criado se sube á las barbas de su señor: y no digo yo subirme á tus barbas ¿tú lo entiendes, hijo? sino que á sacártelas de un tirón también estoy dispuesta, como á la carrera, á la carrera no sueltes la capacha y pongas algún arreglo en el cotarro: ¡ya se ve! ¡te pasas la vida por esos mundos, y no sabes de la misa la media, siempre con los viajes, que te escabulles á lo mejor meses y años! Y quiero yo que tú no eches en saco roto lo que te digo: el día menos pensado, se arma en esta casa una marimorena, y todo va á pegar un tronío: el consuelo que yo tenía, era que tú llegases por aquí; que siendo cabezón y teniendo más saber que todos ellos juntos, á uno le dirías una cosa, á los otros otra, esto por aquí, lo demás por allí, todo arreglado y santas pascuas; pero hijo, me encuentro con que tú estás como ellos... ¿qué te pasa, hombre? ¿qué te pasa? Dímelo ya por Dios, mira que me voy á volver loca;

mira... porque has de saber tú: pues verás y escucha lo que te digo,—y Jacinta se secaba las lágrimas al mismo tiempo—el señorito Manuel, está chalao del sentío por la Carmelita, pero loco, furioso, desbocado; como si fuera un becerro, el muy simplote, así, tan agüita mansa como es; y embiste con la pobre criatura á suspirazos, ¡de una manera! que tú no sabes, hijo: á tu prima le sucede seis cuartos de lo propio: guillada de cariño por él, ¡ya lo creo! es tan caprichosa, ¡Señor de Dios! has de saber tú, que en cuanto se le mete una cosa entre ceja y ceja, ha de estar viendo claro y sin velos que no es lo que ella dice, y nada que nada, y aprieta que aprieta; y ahí tienes por donde se le ha metido en el meollo á la muy rabicortona, que su madre quiere con el querer de ella al tal Manolito, que á cogotazos lo echaba yo á la calle, por tenerse la culpa de todo: ¡digo, celos de doña Enriqueta, que es limpia como el cáliz y purísima como la madre del Señor, sí, del Señor buenazo, tontina de verdad, que

deja sin castigo á los que pecan!... pero ¿qué tienes, hombre? ¿Ves tú? ¡Si ya decía yo que tenía que despertar en tu cuerpo el gusanillo de la sangre! ¡Mira cómo se conoce que le han tocado á su tía que es su ojito derecho! Pues sí, que quiero decirlo todo; espérate, hombre, espérate; ¡si me tengo que desahogar! Has de saber tú, que doña Enriqueta, se está tragando unos mendrugos muy gordos y toda la noche se le va en un lamento por lo que le dan que hacer unos y otros; por que veras tú, que no pára aquí la cosa: además de lo que sufre con los dos niños, D. Andrés, por otro lado. ¡Si á mí me dió siempre mala espina el viejo! chiquillo, tú, suponte!; se ha vuelto un rabino que no se puede coger ni con alicates; ¡qué caraza de huésped despedido! ¡se le va de la memoria la vida y la muerte y lo que Dios crió! ¡Ay Pedro, qué susto! se pasa las horas muertas, en su despacho, y hablando solo, que algunas veces tú no sabes! ¡Pega unos berríos! ¡Pues y la otra noche, que me

puse y miré por el ojo de la cerradura! ¡Señor de Dios... si estaba el hombre llorando! Y decía unas palabrejas...

Aquí remedó Jacinta una voz lacrimosa y hueca—«hija mia, yo tuve la culpa de todo» ¿de que habrá tenido la culpa? mira, pues de muchas cosas, porque tiene mala cara: á mí no me la pega, aunque se las eche de santito: de modo que, con unos y con otros, tu tía siempre pasando las duras y las maduras, porque ya tú ves; como parece que vive con la vida de los demás, no hay más que pedir, y ella es la que paga los platos rotos: no tienen ellos la culpa sino ella que es tan almaza de Dios y...

—¡Calla!—gritó destempladamente, el hombre á quien la plática dirigía. Se intimidó Jacinta de pronto y guardó silencio: arrojó aquel, el cigarro; levantándose, paseó impaciente: ella cogió cuidadosa el cigarro para que no hiciera desperfectos en la alfombra, y miró de reojo á la vez á quien de tan brusco estampido le cortó las alas.

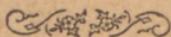
—Vete, déjame—habló de nuevo el hombre. Jacinta salió sin chistar, pero muy satisfecha en sus adentros:—«¡bonito puso con sus palabrillas mágicas al Sr. D. Pedro! ¡Ahora si que la cosa quedaría arreglada, porque lo que es el genio del señorito, ya, ya! ¿Era un dolor que no lo supiese todo? pues ya lo sabía: digo, ¡y que tratándose de doña Enriqueta, no tomaba Periquín el cielo con las manos, y salía de la vereda! Anda, que buena se iba á armar. ¡Como que era lo que Jacinta estaba deseando! Ella había de ser el tal Periquito, que entonces ya le pondría las orejas calientes á todos; si señor y á doña Enriqueta también, por tontonaza, que tomaba á pechos las cosas de los demás, siendo ella un ángel de Dios y más guapa que el mundo, y con mucha platilla antigua en el cofre, para divertirse cuanto le diera la gana.»

Sentóse Pedro otra vez cuando quedó solo; encendió otro cigarro, fumó con ganas, como si quisiera sacar á chupetones la solu-

ción del problema que Jacinta á su modo le había presentado. Pedro adoraba á su tía: si Enriqueta le hubiera dicho alguna vez, má-tate, se hubiera matado sin preguntar la causa del extraño capricho. Era este Pedro, hijo único de un hermano de Enriqueta: antes de que casara esta con D. Andrés, vivió en Andalucía con su hermano, ya viudo, y Pedro que tenía doce años: Enriqueta no llegaba á los diez y ocho: llamábase D. Juan Medrano el papá de Pedro, y ciertamente que fué infeliz el pobre: golpes imprevistos hicieron merma en su fortuna, aunque no pudiesen abrir brecha en el crédito que don Juan poseía como uno de los más respetables banqueros que era. ¡Ay! otro golpe fatal acabóle de hundir: un golpe villano, un golpe infame, un robo: fué una quiebra de verdad la suya: lo vendió todo para cumplir sus pagos y no pudo á su pesar hacerlos efectivos completamente: la vergüenza y el dolor le hicieron enfermar; sucumbió con la angustia de no dejar recursos á

Pedro y Enriqueta; pero D. Andrés de Saldívar (que habitaba en Madrid), grande amigo de D. Juan—aunque hacía unos meses que estaban ligeramente enemistados por causas que Enriqueta no sabía,—D. Andrés de Saldívar, digo, dió la prueba más grande de amistad hacia el difunto, ofreciendo su corazón, su mano y sus riquezas á la desvalida joven: ella miro á su sobrino Pedro amorosamente; aceptó sin amor la mano de D. Andrés, y le estimó luego por su benevolencia, y la pasión infinita que la profesaba: casaron así, y fué Pedro un hijo para el hombre generoso: nació Carmela, y á los cuatro ó cinco años entró en la casa Manuel: sagrados compromisos habían obligado á D. Andrés á prohijarle: Manuel tendría once años, Pedro, que ya alcanzaba á los diez y siete, fué el hermano mayor de Manuel y Carmela, y ésta la hermanita menor, mimada siempre por ambos, aunque por la edad de Manuel, más conforme con la suya, y su carácter, dulce, en nada parecido al brusco de Pe-

dro, hubiesen congeniado más desde niños; vivió así esta familia dichosamente, y Enriqueta resplandecía de felicidad y de hermosura, hasta que empezaron un día los sobresaltos y las inquietudes de Carmen; las sombrías taciturnidades del jefe de la casa, el retraimiento de Manuel, desde que vislumbró que se opondrían inmotivadamente á su casamiento con Carmela; las cavilaciones de Pedro, que volvió de uno de sus viajes hecho un *elsomo* (Ecce homo) como Jacinta murmuraba sin cuidarse de si la oían ó no, y las lágrimas de Enriqueta y el acongojamiento que hacía presa continua en su corazón, por comprender en el semblante de todas aquellas criaturas á quienes adoraba, que algo duro y tremendo cerníase sobre el hogar, amenazando con herirlos de golpe y mortalmente, sin que bastase nada á contener la fatídica nube empañadora de recientes y luminosas alegrías.





## V.

**J**ACINTA decía bien: hasta aquella noche, no supo Pedro que Enriqueta sufría, y las palabras de la doncella fueron puñales agudos que en el corazón le clavaron: se olvidó, hasta de sus hondas cavilaciones cuyo objeto no conoce el lector aún; si, llevaba razón Jacinta: la felicidad de Enriqueta antes que todo; pensó que había que buscar en D. Andrés principalmente, la extinción de aquellas torturas de su tía: el asunto de los niños,— como Pedro y todos llamaban á Manuel y á Carmela,— quedaría arreglado pronto

que D. Andrés consintiese y negocio concluído: ¿en el señor de Saldívar consistía, todo? pues al señor de Saldívar, y en resumen, de grado ó por fuerza obtener la tranquilidad de su tía. Así estaba pensando Pedro, y alzó los ojos para ver quién entraba: había sentido pasos; eran los de dos nuevos personajes: D. Andrés y Manuel; el señor de Saldívar, llegó adusto y casi cólico, lo que asombró al sobrino: seguía Manuel, el decantado y misterioso novio, al que según Jacinta debieron haber dado ya de cogotazos: conocíase á leguas que Manuel era mucho más joven que Pedro: sus facciones regulares, continente airoso y natural distinción, no impedía que se echara de ver cierta timidez, como la del hombre que no está seguro del terreno que pisa, aunque sea valiente; miraba á todas partes con cierta inquietud y zozobra: presentóse serio: al igual que D. Andrés, parecía de humor endiabladísimo, de tal modo que hubiera llamado la atención grandemente á Jacinta.

Dieron las buenas noches al entrar y Pedro contestó con un monosílabo; permaneció después callado y chupaba recio y sin mirar á ninguno. «Sí, allí lo tenía: allí estaba D. Andrés, el causante de todo: esperaba la ocasión para acometerle.»

Preguntó D. Andrés á Pedro por su tía y su prima; contestóle que se habían marchado ya, cuando él llegó, y nueva pausa: quedaron los tres silenciosos; el tío de Pedro se paseaba lentamente y se había sentado Manuel junto á Pedro en el sofá.

Cuarenta y cuatro años á lo sumo contaría el Excmo. Sr. D. Andrés de Saldívar y Villalobos, gran cruz, senador del reino y uno de los banqueros más ricos de Madrid: no era alto ni bajo: ancha era su frente y con amagos de calvicie; tenía los labios befos, cejas y bigotes que empezaban á blanquearle; rostro blanco y con principio de arrugas, ya marcadas en los frontales y bajo la sien, á la terminación de los ojos; estos eran pequeñitos, negros, brillantes y

---

estaban siempre entornados, como para recoger del mundo exterior con la fuerza de la retina, contornos, detalles y figuras, y arrojarlos en ideas á las regiones del cerebro: el ademán de este señor, era reposado, noble y digno; su voz, pastosa y suavísima, y su conversación amena, teniendo el don de causar deleite á cualquier auditorio más ó menos instruído; en todas partes era respetado, le apreciaban y recibían sus consejos, por ser los más propios, justos y equitativos; nadie había llegado jamás á oírle una palabra más alta que otra; era enemigo de rencillas, procurando amistar en toda ocasión á aquellos de sus amigos que él supiese tenían altercados y riñas, justificando siempre que era su norma la circunspección y la mesura: algún mal intencionado, dispuesto siempre á tergiversarlo todo, aquella manera de ser de nuestro hombre, la calificó de refinamiento en la hipocresía y cobarde doblez; pero no era cierto, porque allá, en el interior de su casa, donde no sirven embozamientos ni tapujos y todos se co-

nocen tarde mas ó menos un carácter en ser definido,—allí, digo,—todos le adoraban por su bondad manifiesta, su digno comportamiento, su entrañable amor á la familia y en particular, su delirio por Carmen; únicamente se incomodaba un poco cuando estaba esta triste; pero su incomodidad, como se comprende, pasaba al momento: tal era el señor de Saldívar, cuyas más altas dotes, que aún no mencioné, se irán conociendo oportunamente, que deben ser manifestadas, y mas que puestas de manifiesto, llevadas y traídas de un lado para otro, á voz en grito y con tambor y corneta, por lo ejemplares y singularísimas.

—Oye, dijo D. Andrés en voz afable, llegando hasta Pedro con su calma habitual.

—Yo tengo que escribir algunas cartas de interés: será conveniente que te vayas al teatro y las acompañes cuando vuelvan á casa. ¿Quieres?

—Ya lo creo, tío, contestó Pedro levantándose, ¿vienes, Manuel?

—No, Manuel se quedará conmigo para ayudarme.

Pedro salió sin replicar: acercóse á Manuel el señor de Saldívar y le miró fijamente.

—Veamos todo lo que tenías que decirme exclamó al fin:—que es cosa de interés me has repetido, y que interesaba á tu alma: despacio se han de tratar asuntos tales, y ya lo ves, estamos solos; explícate.

Ante el acento reposado y grave de don Andrés, pareció tímido el joven y se esforzó por decir estas palabras:

—Yo pienso que es demasiado molestarle, pero ¿á quién he de dirigirme en mis tribulaciones sino al hombre generoso que poniéndome bajo su amparo, me educó honradamente y me escudó con su nombre? pobrísima y de familia modesta fué mi madre y mi padre murió al poco tiempo de yo nacer; también murió ella luego, y quedé niño, solo, y en la miseria; usted me recogió de la calle, entré en esta casa, fuí su hijo, todos me amaron y yo procuré siempre responder

con gratitud, amor y respeto, á los que así su amor me demostraban: fuí hombre; tuve una carrera y me iré creando un puesto en la sociedad: he amado y perdóneme usted si vuelvo á tocar este asunto—y Manuel al decir esto, estaba pálido como un cadáver— asunto que yo traté otras veces sin alcanzar la dicha de que usted lo prestase oídos. Comprendo que usted me llame loco, porque después de todo lo que hizo por mí, me creó osado hasta el punto de esperar su consentimiento para obtener su más preciado tesoro; yo ruego á usted que así no piense; yo quiero á Carmen, y sin ella la vida me es ingrata, y los dos seremos desgraciados; ni ella ni yo queremos bienes materiales... no; no son estas ilusiones juveniles, porque lo encontraremos todo de color de rosa; es que ella vivirá contenta y feliz con el modesto peculio de mi trabajo, y yo procuraré trabajar y esforzarme por conseguir la riqueza á que está acostumbrada; por última vez me atrevo á suplicárselo, decidida y enérgicamente,

en su nombre y en el mío: dé usted el consentimiento para que nuestra unión se efectúe, y concluya de una vez esta inquietud que nos domina; yo le pido humildemente no crea falta de respeto la decisión que encontrará en mi lenguaje; sino, por el contrario, el impulso de dos corazones que desean ser felices; usted me ha invitado á que hable, y con gran esfuerzo, por última vez y con toda la expresión de mi alma, he dicho lo que sentía: esperamos ahora su resolución, recordándole al concluir la honda desgracia que nos aflige, desgracia que usted evitará, porque tiene alma buena y rectitud de pensamientos, y está ya convencido de que nuestra separación es imposible, y cierta nuestra desdicha y nuestra muerte, si desoye la petición justísima que Carmela y yo le hacemos.

No había dejado D. Andrés de pasearse mientras duró la plática del mozo, y este no vió, agachada como tenía la vista para no tropezarse con la de D. Andrés mientras hablaba recio, no pudo ver el mozo, repito,

la expresion de amargura y la hondísima inquietud dolorosa que el semblante de don Andrés iba tomando. Hubo una pausa, que fué martirio horrendo para el amante de Carmela y terminándola D. Andrés al fin, dijo con afabilidad y grave reposo.

—Tú tienes mucha discreción, Manuel; y como siempre que te oigo hablar, quedé ahora agradablemente impresionado de tus bien ordenados pensamientos, y la sensatez y cordura con que los expones, la sencilla frase y el mesuramiento debido; eres muy joven y te falta experiencia; pero á la vuelta de algunos años, cuando hayas adquirido la práctica del mundo en los negocios y los consejos que yo seguiré dándote, como hasta aquí lo hice, serás hombre de mucho valer, de lo cual yo me congratulo hondamente por haber contribuído á ello como mis fuerzas alcanzaron. Dicho todo lo cual, debo contestarte sin rodeos y categóricamente, así como tú me has interpelado, que lo que me pides no puede ser, hoy por lo menos; y no

creas tú que me impulsa á esta negativa, predisposición en contra tuya, ni cosa que lo parezca; tú sabes todo lo que yo te amo, y con el gusto que haría por ti un sacrificio, pero ya anteriormente me lo oíste decir: eres muy joven todavía: deja que pasen algunos años, complétate, por decirlo así; que á la postre y si tú sigues en ese propósito, que yo alabo, serán realizadas todas tus aspiraciones, contando siempre con que Carmela siga pensando de la manera que ahora: alargo este discurso, para convencerte de una vez y no tocar la cuestión de nuevo: que al fin he comprendido la formalidad de tus aseveraciones: acabarás, pues, de formarte en un par de años y durante ese tiempo, te convendría viajar, conocer el mundo, adquirir ideas nuevas y propias con el trato de las gentes de valer, en este y en el otro país: has viajado algo, pero no basta: yo te abriré crédito y te daré recomendaciones para mis colegas en el exterior; se te abrirán todas las puertas y ¿á qué decirte más? Aquí tienes tu casa, tu padre, tu

familia. Aquí tienes á Carmela. ¿Quién mejor podría guardártela que nosotros? ¿Dónde mejor para su educación, recato y honestidad, primeras cualidades que una doncella debe tener al unirse con el hombre, para ser luego el ángel del hogar y el orgullo de la familia? Así, ya tienes conocimiento, no de mi decisión, sino de lo que buenamente opino: si no te parece bien, serás un loco, y sin que esto que voy á decir sea amenaza y sí prudente advertencia, como loco te trataré si lo encuentro necesario.

Habíase ido aterrando Manuel á medida que D. Andrés hablaba y estuvo muchas veces para interrumpirle: se coloreó su semblante y le brillaron los ojos, como si aquella timidez anterior, cediera á un impulso de cólera mal refrenanda.

—Lo que usted quiere—dijo,—me parece muy bien si pudiéramos aguardar más tiempo.

Miróle D. Andrés asombrado, y siguió Manuel sin darse de su mirada por entendido.

—Supuesto que en parte usted está conforme con nuestras ideas; si usted quiere de tal modo la felicidad de nuestras almas ¿á qué contrariarlas con ese plazo mortal que nunca terminaría? Yo le estoy profundamente agradecido: una vez más ha demostrado usted con sus palabras el gran cariño que me profesa: estando convencido de lo firme de nuestro amor ¿por qué no ha de ser usted con nosotros bueno hasta lo último? ¿Soy joven, y debo viajar y completar mi educación en el mundo? Los años pasarán y viajaré, pero que transcurra el tiempo y viaje yo en compañía de mi esposa, que no ha de faltarnos nada, ni en el hogar ni en el mundo bajo la sombra que nos dé la protección y los consejos del padre que adoramos...

—Basta— exclamó D. Andrés interrumpiéndole con severidad,— eso es ya intransigencia y el principio de la locura á que antes yo aludía; tú eres muy mozo, Manuel: contentate con lo que ya oiste, demos al tiempo lo que es suyo, y oye una súplica que á

mi vez te hago: procura que Enriqueta no se entere de estas discusiones sin fundamento, á las que yo no me prestaría nunca, si no te quisiera tanto: noto que Enriqueta está intranquila y sufre con nuestro aspecto de taciturnidad, aunque ella procure en gran manera disimularlo.

—Enriqueta—replicó Manuel con acento firme—lo sabrá, se lo contaremos Carmen y yo, á fin de que nos ayude á vencer esa resistencia más parecida á desprecio de mi condición, que á cariño paterno.

Algo sombrío asomó á los ojos de don Andrés: quiso hablar, pero se detuvo prontamente.

Vió entrar á Enriqueta.







## VI.

**E**NTRÓ Enriqueta arrebatada y hermosa, pero su rostro más parecía sereno y con asomos de placer, que ceñudo y triste, como cuando el salón dejaron. En tono ligeramente regañón, pero sin aquella anterior severidad majestuosa, decía mientras se despojaba del abrigo.

Quedamos á la mitad, no se puede hacer carrera con esta... ¡Ay, qué niña!—y arrojó el abrigo á Jacinta: detrás de Enriqueta entró Carmen: venía más irritada que salió; porque no había podido hablar aún con Manuel: Pedro seguía á Carmela.

Entendiendo que Enriqueta aludió á su hija, se aproximó D. Andrés á Carmen; la contempló con ansia, envolviéndola en una mirada de pasión.—¿Qué tienes, niña?—y la besó en los ojos, cuando la hubo preguntado.

—Nada; no tengo nada; me indispuse un poco, pero ya pasó—y con el abrigo puesto, calzados aún los guantes y sin soltar el abanico, se abandonó á una butaca: habíase Pedro aproximado á su tía y la contemplaba con éxtasis: quedóse Manuel en la sombra y D. Andrés seguía su paseo. Enriqueta dió suavemente en la cara á su sobrino con una camelia que se había quitado del pecho.

—¡Eh! ¡que te embobas, hombre! trabaja un poco: y lánguidamente le abandonó un brazo. Pedro le estrechó en sus manos sin delicadeza ninguna: desabotonó el guante y lo sacó suavemente, entregándoselo á Enriqueta: verificó la misma operación con el otro: fué á dárselo también, se detuvo indeciso un momento, se lo llevó á la boca...—

¡Ay, tía, tía!—exclamó mientras aspiraba una y otra vez con deleite—si yo fuera hombre de enamoramientos y tú no fueras para mí como una madre, no podría desempeñar este trabajo diestramente. ¡Ay tía de mi alma! no te puedes figurar lo que marea el perfume de esta piel, con el calor que aún conserva de la tuya...

Enriqueta se echó á reir; ¡cómo le halagaban las bromas de su sobrino! de aquel *hijón granduyonazo* que le dió la Virgen! ¡aquello sí que era amor noble y puro! Le arrancó el guante, le sacudió en la boca y le miró plácidamente.—Anda con Dios, feo—dijo, y le volvió la espalda, yéndose hacia Carmela: le cogió el abanico de las manos, solícita, y le ayudó á quitarse el abrigo: miróla con inquietud: desde hacía algún tiempo, siempre que miraba á su hija ó pensaba en ella, parecían acongojarla extraños temores. Carmen no habló, ni la miró tampoco, cual si se mostrase muy embebida con el diálogo que en otro lugar de la sala entabló D. Andrés con Pedro:

aquella abstracción de Carmen, pareció á Enriqueta pretexto para permanecer callada: sufrió más, y no se dió sin embargo por entendida: en sus labios había una sonrisa graciosa y benévola que engendraba la simpatía de todos: cuando se hubo sentado, fijó asimismo la atención en los que discutían, envolviéndoles en una mirada dulce, como aureola plácida y reflejo de gloria. D. Andrés había preguntado á Pedro su opinión sobre la obra que en el teatro se hacía aquella noche, y hé aquí por donde me encuentro obligado á expresar nuevamente el zumo de mi entendimiento y mi memoria sobre todo, para que en este punto caigan sobre el lector como lluvia benéfica, de lo que deberá gloriarse, puesto que así le conviene, el relato de otras bellas dotes del Excmo. Sr. D. Andrés de Saldívar y Villalobos, gran cruz y senador del reino.

No gustó nunca á D. Andrés la literatura problemática ó transcendental, y andaba á la greña siempre con Pedro, que era un realis-

tón de los demonios, mozo echado para adelante en el asunto y á quien gustaban las agrias. «Si él hubiera sido novelista, ya, ya! Teresa Raquín, era para él ovejita mansa y Nana virgen tímida.» Preciso es convenir en que Pedro apretaba más en sus aseveraciones, por el gusto solamente de mortificar á D. Andrés; había en el sobrino de Enriqueta con respeto al senador del reino, una extraña mezcla de amor inspirado por la gratitud, á la par que un despego injustificado, del cual protestaba el mismo Pedro en sus grandes ratos de reflexión sobre el asunto: en una palabra, que Pedro no amaba á su tío; respetábale, porque así comprendía que era necesario por lo mucho que siempre hizo por él; su tío le había sacado de la miseria; había devuelto su esplendor á Enriqueta haciéndola feliz; pero allá, en lo más recóndito de su pensamiento, siempre había algo que se levantaba en contra de aquel hombre generoso, siendo esto causa, para él inexplicable, de que encontrase agrado en

discutir con él, tergiversar sus ideas, molestarlo en cuanto le era posible, hasta que una mirada suplicante de Enriqueta le contenía: y puede decirse que era esta sin igual señora la que los unía; por el amor que ambos le profesaban. Dolíase Enriqueta de aquello, amonestando á su sobrino y sermoneándole cuando tal sucedía y aun delante de D. Andrés, para que se metiese en respetos y no se saliera de quicio en sus elucubraciones, porque D. Andrés era bueno y á D. Andrés se lo debía todo: era metido Pedro en ajuste, pero le mortificaban mucho las «cosas» de su tío, á pesar de sus buenísimos sentimientos; eso sí, D. Andrés era benigno y mansejón, buen cristiano y amigo de todos, como en el capítulo que antecede expuse. Provenían estas dotes, indudablemente, de su alma bendita y su amor á las pragmáticas religiosas, pues ya sabemos que es la religión fuente purísima de claros pensamientos y santas obras; érase muy dado el excelentísimo señor á hermandades y cofradías: esto

le tenía anualmente un costo que alcanzaba á unos cuantos miles de duros, pero ¿qué importaba, si era á cambio satisfecha la aspiración de su espíritu bondadoso y cristiano? Y no era exceso dos ó tres mil duros, en un año, entre asilos, calamidades públicas, vestidos para la Virgen, hospitales, procesiones, rifas de beneficencia—que en Madrid se saben hacer con mucho provecho para los que necesitan—y otras muchas cosas en contacto con la fe y la caridad y todo lo perteneciente á las pragmáticas evangélicas, instintos tan piadosos, que ayudaron al mejoramiento de su fama que era muy grande; asistía á misa todos los domingos y fiestas de guardar, confesaba y comulgaba á menudo y tampoco eran estas expansiones religiosas, míseros alardeos hipócritas y no sentidos; porque en horas extraordinarias de la noche, se consagraba solícitamente á lecturas místicas que casi le llevaron al ascetismo: entregábase á las prácticas de la religión como amante fervoroso en brazos de la púdica

doncella de su enamoramiento, y gracias á que me callo y no digo que en algunas ocasiones acudió á las disciplinas, para darse fuerte, y purificarse en lo posible con martirio de la miserable materia: me callo esto, pues, temiendo que alguien dude de mi veracidad; pero con lo anteriormente dicho me parece bastante para que el lector se figure hasta qué punto llegaría el encono de D. Andrés—si de asuntos literarios se trataba—contra los dramas problemáticos y terribles de la escuela moderna, que se había inventado, según el respetable hombre, para extravío y pervertimiento de una sociedad que iba en camino de la catástrofe.

Ya dije que D. Andrés había preguntado á Pedro por el drama estrenado.

—Muy buena obra—contestó Pedro.—  
¿Usted no conoce nada de ella?

—No, á fe; pero sé que hay en esa producción un código que nos sobra, ó debe sobrar al menos, cuando tan horripilantes comentarios se hacen de él: con mucho ciego

y muchos conflictos judiciales, es bueno cualquier drama.

—Tío, usted no comprende lo que el autor combate en esas obras de que usted tanto reniega; si lo comprendiera debidamente, no se explicaría de ese modo, porque es en verdad la defensa del código lo que se hace: como cosa de hombres, es imposible que sea perfecto; esas imperfecciones es preciso buscarlas, señalarlas para que se corrijan.

—Y cómo: ¿enseñando el vicio?

—De ninguna manera; se funda en el deseo generoso que ya dije: indícase así con ejemplos naturales, los resultados funestos que puede tener para la sociedad, la imperfección de una ley.

Sin decir una palabra Manuel, devoraba con los ojos á Carmen: Enriqueta seguía escuchando atentamente á los que discutían, y observando al mismo tiempo que Carmen correspondía á las miradas de Manuel: cerciorábase de que entre los dos había inteligencia, extraña por completo á la que

debía existir entre ellos, por la posición que Manuel ocupaba en la casa; pero Enriqueta habíase propuesto llegar hasta lo último; comprendiendo que Carmen y Manuel se amaban, quería saber á qué altura llegaron aquellos amores: se creía en el deber de descubrirlo, con artimañas si era necesario, puesto que tan oculto quería tenerlo Carmen. D. Andrés había contestado á Pedro.

—Que me venzas necesito de otro modo: el código es una ley que instituyeron los hombres, es cierto; pero sabia y perfecta, hasta donde el humano puede serlo; es la única valla que á las pasiones, y al crimen por lo tanto, puede ponerse. ¿Se ha escrito así? pues á dejar las cosas como están y á respetar lo escrito.

—Pero D. Andrés, necesitamos tener en cuenta que una ley mal meditada, es amparo de criminales, fuente de cohechos y hasta sambenito de la honra.

—Es una ley instituída,—repuso don

Andrés adustamente.—Yo no reparo en otra cosa, sino en que se respete la ley.

—Tío,—replicó Pedro—usted pensará lo que guste: yo creo que hace bien el autor presentando ese drama...

—¡Judicial!—Concluyó D. Andrés con tonillo de sarcasmo.

—Aunque os ofendáis porque voy á interrumpiros, quiero también meter baza,—dijo Enriqueta conciliadoramente. D. Andrés y Pedro se quedaron mirándola.

—No es jactancia, pero oigo á ustedes hablar y es fácil que comprenda, supliendo así lo que ignoro, que ese código de mis pecados—que no lo quiero ya puesto que os incomodásteis por su causa—bueno, malo, superior ó como sea, resaltaría indudablemente como verdadero asombro de sabiduría y grandeza, si no hubiese *leguleyos* que especularan con él, pasándose la vida en buscar un resquicio, como el gato la ratonera, cuyo resquicio pueda dar ocasión á una artimaña de buenos resultados para sacar dinero.

—Es muy justo lo que tú dices,—pero que no venga Pedro á sacarme de mis casillas, que ya sabes tú que yo soy tranquilo y no me gustan estas cosas: afirma que son las leyes malas y en mi sentir, debiéralas acatar con los ojos cerrados, lejos de combatir las.

—Yo no anatematizo las leyes, porque sería una necedad en mí: yo dije que algunas, imperfectas, dan lugar á grandes conflictos sociales, porque no se castigan ciertos crímenes, y quien eso lo encuentra bien como todo lo demás del código—añadió ásperamente Pedro—páreceme que tiene que ser compadecido; es más, temo que algún día recurra á malas artes y las ponga en uso por su cuenta y riesgo.

—¡Pedro, repórtate!—exclamó severamente Enriqueta. D. Andrés no había contestado; limitóse á decir, como hablando consigo mismo, mientras se limpiaba el sudor que, sin saber por qué, hábiale inundado la cara.—¡Está loco, está loco!—y fué á sentarse junto á Manuel. Este y Carmela

dejaron de mirarse. Habíase echado á reir Pedro y contestó á la señora de Saldívar.

—A fe, tía, no sé en lo que he faltado, confiésome pecador de todas maneras, pido perdón con el alma; pero tengo aquí una idea en la que no cejaré nunca—Pedro se golpeó la frente con las dos manos—y es esta idea, que quien me la hace me la tiene que pagar, sin que yo me ande con estudios de código é invocaciones de justicia.

—Que se ha cerrado la discusión,—dijo Enriqueta sonriente y poniéndose un índice sobre los labios.

—Siempre igual,—gruñó D. Andrés, aludiendo al intransigente sobrino. Este se acercó á Enriqueta.

—La doy por cerrada, tía; ¿cómo no obedecerte? Tu hermosura lo alcanza todo.

—¡Ay, mira, mira, suspende requiebros, hijo! allí tienes á Carmen, vete con ella y alégrala hombre, que está muy triste.—Pedro se fué hacia Carmen, y Enriqueta

adonde estaba su marido; al pasar junto á Manuel, le miró bondadosamente; le creyó en gran manera afligido y el color arrebatado de su cara, parecía rebelar las huellas de reciente y grave disgusto: «¡válgame Dios, que haría ella para labrar la dicha de aquellos seres á los que tanto adoraba! ¡Y Carmela! ¡Carmela, tan delicada como se iba poniendo!» Sentóse entre Manuel y D. Andrés y miró con interés al último; se fijó en ella el esposo y encontró las pupilas de su mujer; aquella mujer, buena siempre, solícita, estremosa...

—Andrés,—dijo ella temblando.

D. Andrés la estrechó las manos conmovido.

—Tenemos que hablar.

—¿De qué?—preguntó D. Andrés como sobrecogiéndose.

—De Carmen.

El, suspiró dolorosamente.— Bueno,—contestó—mañana; me encuentro mal esta noche.

Olvidóse de todo Enriqueta. ¡Andrés estaba malo!

Carmen se levantó entonces: pretextando hallarse todavía indispuesta, se retiraba á su cuarto: cuando pasó junto á Manuel, se inclinó un poco y dijo rápidamente:

—Ven aquí luego.

Sintió la madre como un mazazo en las sienes. La había oído.

Se retiró D. Andrés, se retiró Manuel; sentíase Enriqueta en extraños laberintos á que la imaginación exaltada le llevaron; presiones dolorosas torturaban su pecho. ¡Ay, luchas del alma á las que siempre había temido! ¿Qué tremendas batallas eran aquellas que se iban preparando, sin que las angustias del presentimiento que ya le corroían el corazón, pudieran precisarle aquel ó este conducto por donde viniera la catástrofe?







## VII.

**U**ANDO regresó Pedro á Madrid de su último viaje, hacía ya algún tiempo que comenzó el desquicie moral en la familia de Saldívar, con la primera petición de la mano de Carmela, que hizo Manuel al padre de la novia. Empezaron, pues, las tribulaciones de los amantes; la seriedad de D. Andrés, y los tormentos de Enriqueta, en cuyo corazón noble, alimentado siempre con la dulce caricia, el beso tranquilo y la paz absoluta, caían como candentes gotas de hiel, el desvío involuntario del marido, las melancolías de aquel noble

mozo á quien adoptaron, haciéndose querer como hijo verdadero, las excentricidades y el lloro continuo, del amor, del frenesí de su alma, que era Carmela, y los mortales torcedores de que parecían los tres poseídos: había también otra causa grande, engendradora del malestar de la esposa; se había prescindido de ella por completo en el asunto de aquel amor, al que se oponía don Andrés hostilmente: nada le dijo Carmela, nada le dijo Manuel y tampoco oyó una palabra en boca de su marido: el silencio de la hija se lo explicó últimamente, por aquella aberración dolorosa; aquella idea de celoso despecho que en su alma se despertó con motivo de las atenciones que con Manuel tenía; pero ¿y el marido? ¿Y aquel hombre con el cual siempre compartió amarguras y felicidades, martirios y esperanzas? ¿y aquel hombre que durante largos años tuvo en ella confianza absoluta, ¡qué, confianza! adoración bendita, fe ciega, y del cual había sido siempre consultor de respeto y fiel oráculo? aquel

hombre, ¿por qué y guardaba un silencio y reserva, sobre tan grave negocio, que atañía asimismo directamente al corazón de la madre? Se hizo, pues, la desentendida con harta angustia y sentimiento de su corazón llagado y en estas cavilaciones y torturas andaba, cuando llegó á Madrid Pedro.

Fué siempre Pedro, decidor y calavera, pero no desechaba del corazón los puros principios y la bondad generosa que en su niñez le inculcaron: cuatro años solamente ganábale en edad Enriqueta, pero se hizo respetar de Pedro y le educó sin traba ni cortapisas como había sucedido con Carmen, que siempre tuvo el cariño de D. Andrés que la conplacía en todo y sin freno de ninguna especie, encaminándose así por no recátisima vereda. Muy agradecido vivía Pedro de la hermana de su padre, si bien por inexplicable causa fuéle toda su vida antipático D. Andrés, que dicho sea con verdad, dió muestras en todas ocasiones de amarle sinceramente: esta antipatía de Pedro por su tío,



tenía la culpa de que el mozo fuera tan aficionado á viajes, evitándose así la presencia de D. Andrés y evitando principalmente á su tía, á quien adoraba, la amargura de comprender á cada paso la poca afinidad de caracteres que había entre el sobrino y el esposo.

En el estado de cosas anteriormente expuesto, llegó Pedro Medrano de su último viaje y entonces fué cuando notaron todos, originándose un nuevo malestar para Enriqueta, que de mozo jovial, ligero, chispeante y alegre, habíase fundido en pensador y taciturno; hablaba poco y le veían siempre seriote; agriósele el genio y era irascible y mal encarado, causando en la casa general asombro. Enriqueta, que había nacido para contener las pasiones suyas y dulcificar las de los otros, atenta siempre, solícita, sonriente y plácida, sufriendo en su interior y apareciendo satisfecha por no aumentar con sus intranquilidades la intranquilidad de los otros, salió un día al paso de aquel aspecto

funestísimo que tomó el carácter de su sobrino: le abordó abiertamente y no sé la contestación que Pedro le daría; mas sí que hubo largo coloquio entre los dos, quedando la tía luego que la conferencia fué terminada, como orgullosa de su sobrino; se reanimó bastante, brilláronle las pupilas y tenía el rostro arrebatado: respiraba con fuerza y el garrido cuerpo donairoso, más parecía en aquel instante, parapeto colocado ante espadón enemigo, que gracioso conjunto de humana belleza y atavío femenino. Menudearon desde entonces los secretos cabildeos de sobrino y tía, creciendo el primero en taciturnidad y la segunda en tristeza, pero animados los dos de una fiebre extraña y misteriosa, como si otra vida gravitara sobre las suyas, algo indecible, mezcla de miedo y alegría, decepciones y esperanzas, deslumbradoras luces y abismo nebuloso. Entre los dos había un secreto.

Enriqueta quedó aquella noche como aniquilada, por las emociones del día induda-

blemente; reclinó la cabeza en el respaldo de la silla, y fijó los ojos con vaguedad en la luz única que iluminaba entonces el salón: el foco de aquella luz se proyectaba sobre una pintura, bellísima copia de *Los amantes de Teruel*: verdaderamente que había sido honrado Degrain, en aquella copia, sueño ilusorio que jamás logró realizar ningún artista; miraba Enriqueta el cuadro como atraída por la luz que en él resplandecía, permitiéndole abarcarlo fielmente y en todos sus detalles: reclinada con indolencia, caídos los brazos con laxitud sobre la falda y contraída la boca y las facciones con expresión tristísima y entornados los ojos como por sopor extraño, fijábalos en el ataúd de Diego, las flores que al féretro rodeaban, el hachón volcado, roto y humeante y el cuerpo rígido de Isabel, muerta de amor y puesto el rostro sobre el antes robusto y noble pecho del valeroso enamorado. Como visiones fantásticas pasaron en tropel por la imaginación de Enriqueta los personajes de aquel tre-

mendo drama que impresiona terriblemente el corazón, y al recordar aquellos amores desgraciados, fuente de amarguras y causa de luto, desolación y remordimiento en tantas almas, grande congoja fué haciendo presa de su pecho: figurábase en aquel instante á su hija pasando por martirios horrorosos y se ofreció á sí misma solemnemente contribuir con todas sus fuerzas para hacer feliz á Carmen, aunque tuviera como pago á sus sacrificios la ingratitude y el desamor de ella: érale preciso para esto romper por todo, abordar á su marido y á su hija; esclarecer lo que hubiera en D. Andrés para negar el consentimiento, y en Manuel y Carmela para justificar la premura de aquella unión: pero ¿cómo? ¿qué haría? Aunque le fuese terrible confesárselo, había cobrado miedo á Carmen; no quería exponerse á otra nueva falta de respeto que la obligara á obrar duramente con la hija por quien tenía adoración, para que le guardase la conveniencia debida. En vano torturaba Enriqueta su pensamien-

to, como ya el alma entró en tortura! necesitaba un aliado fuerte y poderoso. Removióse con impaciencia: hacía ya mucho tiempo que se violentaba; desesperábase de fingir una alegría que estaba lejos de experimentar y su sangre fogosa le hervía ya en las venas, encontrándose próxima á uno de aquellos enérgicos arrebatos de su carácter entero y digno; porque después de todas estas ideas martirizadoras, flotaba siempre en su imaginación, sombría y desesperada, ahondándole su pesar y llenándola de sentimiento, vergüenza y cólera, la de que su hija misma la creyese culpable, rastrera, loca y empapada en el vicio, hasta el punto de cometer el doble y bochornoso crimen de faltar al esposo que adoraba, para pensar en el amante de ella: cuando el candente pensamiento llegaba á esta parte de sus elucubraciones, sentíase Enriqueta sacudida fuertemente; encendíasele el rostro y le arrojaban fuego las pupilas. Estaba sudorosa y tenía fiebre: se pasó las manos por la cara y los ojos con brusque-

dad, como si de esta manera quisiese arrancar de ante su mirada, extrañas visiones que no debía ver y de sus mejillas aquel fuego de calentura que no debía existir; el brusco modo de pasarse las manos por el semblante, no era otra cosa que el despecho, la impotencia para salir de aquel apretado círculo de angustias en que ella no se había metido... no, pero no saldría, como no saliesen los demás: aquellos eran disparos de su carácter fuerte; pequeñas exhalaciones de oculta tempestad desencadenada en su cerebro y en su corazón, pero presa á la vez allí para que no hiriese á otros, amenazando con esto gravemente su existencia, por su temperamento excesivamente sanguíneo.

Suspiró con fuerza y fué á levantarse: tenía los ojos sanguinolentos, errante la mirada; quiso andar y las piernas se le doblaron; cayó otra vez sobre la butaca, reclinó la cabeza en el respaldo y respiró con avaricia, queriendo renovar en sus pulmones aquel aire encandencido, que al salir le quemaba los

labios y la lengua: se retorció acongojadamente, cerró los ojos, «¡Dios santo! ¿qué pecado habría cometido ella, para ser castigada de aquel modo? ¡Ay! si así sufrían los buenos ¿qué se tenía reservado para los grandes pecadores!» Se iban oscureciendo sus ideas y su respiración fué más difícil; parecía estertorosa, sintió miedo, pavor, creyó que moría, y abrió los ojos desmesuradamente: quiso gritar, pedir auxilio, llamar á su Andrés ¡á su hija de su alma! pero ¿qué estaba viendo? se dilataron más sus ojos; claváronse con ansia suprema en otros ojos que la contemplaba angustiosamente, una boca contraída, un entrecejo sombrío:— ¡Pedro,— Pedro!— exclamó la infeliz apagadamente— y arrojándose en los brazos de su sobrino, dió un gran sollozo y derramó copiosas lágrimas. Esto la alivió mucho y pareció serenarse: mirábala Pedro dolorido, pero se adivinaba tras aquel dolor un implacable odio para los que ya indirecta ó directamente motivaron aquella congojade su pobrecita santa:— así la llamaba

Pedro en aquel instante, hondamente conmovido, abrazándola y atrayendo hasta él dulcemente la gentil cabeza para apoyarla sobre su pecho.

Mucho rato estuvo Enriqueta desahogándose en lágrimas y reclinado el rostro sobre el pecho noble que la consolaba: «¡Ay! sí: ¿no se preguntaba poco antes que quién la ayudaría en aquellas hondas tribulaciones? Acaso ¿no estaba allí, noble siempre, emprendedor y generoso! ¿No le tenía allí, siempre dispuesto por ella al sacrificio, adorándola tiernamente y con ansia febril por servirla, siquiera fuera de rodillas? ¿No era aquel, hijo de su hermano de sagrada memoria, robusto baluarte en que ella ciegamente podía descansar, sangre de su sangre y alma de su alma, que como hermana y madre la quería? Pensando así Enriqueta, le estrechaba fuertemente y con más hondo sentimiento derramaba llanto consolador.

Cuando Pedro comprendió que había recobrado alguna serenidad, si bien no toda la

necesaria, la cogió blandamente la cabeza con las dos manos, la retiró un poco, encontráronse las dos miradas, la de Enriqueta fiel interprete de hondísimos dolores, y la de Pedro, de fiero volcán que interiormente rugía.

Sin apartar sus ojos de los de Enriqueta, y marcando sus palabras, como queriendo hacer sentencia grave de cada una,

—Oye—exclamó Pedro;—hace poco, esta misma noche, he sabido por Jacinta una parte de lo que aquí sucede: yo sabía que tú sufres y por ti lo olvidé todo, pero no olvidas tú lo que te digo: aliéntate, ámate por Dios, que esas lágrimas aniquilan mi espíritu y mi cuerpo; me desconciertan y quedo inactivo: sí, yo te he estado observando desde que se fueron, aquí, á tu lado, sin decirte nada y ahogándome; yo te ayudaré, no quiero que sufras, no quiero que llores, porque mi condenación es esa; cálmate, pues, y piensa en mi padre ¡en tu hermano! que tenemos que allanarlo todo para que nos consagremos

principalmente á cumplir la misión que nos impusimos: la rehabilitación de mi padre y la venganza, si es posible.

Un rayo brilló en la mirada de Enriqueta: la honra de su hermano: ¡reivindicarle!—En aquello consistían las secretas conferencias y trabajos de la tía y el sobrino:—se reanimó notablemente; «cobraría alientos, sí; acaso ¿no estaba contemplando á Pedro, cuyo corazón era un gran abismo lleno de lágrimas hasta los bordes?» Sintió otra nueva sensación de espanto al pensar en esto: si aquellas lágrimas se desbordaban alguna vez, ¿ahogarían á alguien? y sin embargo, allí estaba Pedro, alentándola, infundiéndole serenidad y ánimo; ¿á ella? nunca: ella fué siempre esforzada y valerosa: ¿era preciso sufrir? Sufriría. Se irguió arrogante; Pedro la observó admirado: se contemplaron un momento.— ¡Ah! sí, era preciso contárselo todo para estar de acuerdo y combatir en común á la desgracia que parecía dispuesta á entrar á traición en el hogar hasta entonces tranquilo: Pero

ante todo vigilar á Carmen aquella noche.

Enriqueta nada había dicho: se comprendieron perfectamente. —Mira— exclamó,— mañana hablaremos; quiero descansar. Adiós: —la estrechó las manos y la vió salir. Él, quedó después hondamente pensativo; permaneció así largo tiempo: Jacinta había entrado en este intervalo, fué á apagar la luz pero vió á Pedro, y se retiró sin apagarla: este se levantó al fin, dirigiéndose decididamente en dirección del despacho de su tío: quizás velaría; el despacho estaba cerca de la sala donde ocurrieron las anteriores escenas: llegó á él prontamente; había luz; la puerta estaba entornada; la empujó sin miramientos y entró sin anunciarse.

Era espaciosa la habitación y ornamentada con el lujo que convenía. Estaba don Andrés profundamente abstraído en la tarea de repasar algunos papeles que tenía sobre la carpeta. Volvió el rostro precipitadamente al sentir los pasos y pudo observar Pedro con asombro, que al verle su tío, se des-

compusieron sus facciones y que los ojos parecían desencajársele por el terror; cruzó los brazos y se echó de pecho sobre los papeles, como si los quisiera defender con su cuerpo; volvía la cabeza á la par y miraba á Pedro con extravío.

—¡Vete! ¡Vete!—exclamó.

—Pero tío, ¿qué le ocurre? tiene algo de particular que yo venga, ¿ó es que me guarda rencor todavía? Tenemos que hablar.

—¡Bueno! mañana,—contestó D. Andrés apretándose más contra los misteriosos documentos.

—Pues debió encerrarse si no quería que le molestasen,—exclamó con aspereza Pedro. Pero D. Andrés seguía mirándole con extravío; estaba sudoroso, tenía los puños crispados y estremecíase convulso.—¡Vete!—repitió con acento que sonaba á lágrimas. Pedro le tuvo compasión y salió sin añadir una palabra más.







## VIII.

**H**ABÍASE echado Manuel vestido en su cama, esperando así la hora conveniente para acudir á la cita que le dió Carmen. Era Manuel, como ya habéis podido oír en boca de su protector, mozo de provecho, franco y honradote, y gracias á la educación moral que hábilmente tuvo don Andrés también, cuidado de darle, ningún hecho había en su juventud que le tocara á la vergüenza: no sucedió esto, porque vivía en él alimentándole su espíritu soñador el recuerdo puro de Carmela: era estudioso y no trasnochador ni tramoyista. Tomábanlo

como modelo entre sus amigos, y, algunas veces, por blanco de sus chanzonetas, por lo recogido y cuidadoso de sus actos: encogíase de hombros y lo echaba á risa, mientras no atacasen su dignidad ni ofendiesen su persona; no se ofuscaba nunca, y era mesurado, como siempre le aconsejó D. Andrés, con la palabra y con el ejemplo: ejercía asimismo en él grandísima influencia el pensar que todo lo debía á su protector y que era deber suyo mostrarse digno de la protección que le dispensaba. Como consecuencia de su mismo carácter, aquel amor que sentía por Carmela, convirtiéndose en adoración y culto apasionado; amó con exigencias é insomnios y sufría ocultamente; pero llegó á comprender que era correspondido por ella y se dilató su alma; fué feliz, estudió más afanoso que nunca y terminó con honra su carrera: esta pasión disimulada penosamente, la descubrió entonces á D. Andrés y empezaron las hostilidades; D. Andrés no hacía caso de niñadas. Para más conflicto, Manuel, que en

todos sus actos era frío, al lado de Carmela parecía otro; hacíale arder la sangre una mirada suya, le latían las sienes y cegábale un velo encandencido, sutil llama flamante con cálidos efluvios que le quemaban los ojos, las mejillas, el cuerpo, embriagándole, haciéndole morir, volviéndole loco.

Carmela presintió el peligro sin conocerle: él era bueno y llegó un día en que evitaron encontrarse: apretó Manuel en su demanda cerca de D. Andrés. Por el tiempo que esto ocurría, toda la familia, á excepción de Pedro, veraneaba en *Málaga la bella*. D. Andrés se había marchado á una de sus posesiones del Rincón de la Victoria: estaba D. Andrés solo, y pensando el mozo que tal vez encontraría ocasión propicia de hablarle detenidamente, allá se fué una mañana muy temprano, sintiendo sobre su cabeza piar de golondrina y á sus piés arrullo de olas; pero sucedió lo que ya había sucedido: D. Andrés sonreía con bondad asegurándole que estaba loco: y en verdad que volvió á Málaga loco

de dolor y de cólera. Todo lo que llevo apuntado en este capítulo, lo recordaba Manuel ahora, tendido en su lecho, esperando el instante de la cita. Sí, Manuel recordaba perfectamente; el fuego de la calentura pareció dejar grabado desde entonces en su retina, y de un modo poderoso, los objetos que había contemplado, así como en su imaginación el recuerdo vivo y latente de sus actos y palabras: cerca ya de la población, veía aquel camino en la misma arena de la playa, haciendo grandes ondulaciones como culebra que se escurría de entre las olas, semejando garras que quisiesen atraerlo; el mar á la izquierda con sus tonos verdosos, parduzcos y grises que le daban las nubes, y á la derecha, accidentaciones de las montañas, cubiertas de matojos y florecillas silvestres, la Torre de San Telmo, el fuerte de Santa Catalina, ventorrillos con relucientes rótulos de chillona almagra y mas chillón azulejo; el monte del Calvario con sus chumbas y sus pitas; Gibralfaro después, las umbrías arboledas de su falda y al

otro lado, el festón blanquísimo de las mansas olas en eterna querella: entre el monte y las olas, el comienzo de los edificios como punta de risueña nariz que asoma por entre marco revestido de pámpanos y rosas: los tejados de las construcciones, aquí altos, allí bajos, acá grises, acullá blanquísimos, en agradable desorden y no con esa uniformidad monótona que fatiga; pendientes las casas en declive suave, como hembras hermosas que bajaban á zambullirse en las ondas, en grata huída del sol estival; detrás de los tejados, despuntaban las verdes cimbras de los árboles como chiquitín travieso asoma la faz por la tapia del cercado guardador de sazónada fruta: la torre de la Catedral, severa y grandiosa, como gigantón enorme para contener de una parte las balas de Gibralfaro y las embestidas del mar, de otra: allá más lejos todavía y desvaneciéndose gradualmente, los extremos superiores de los edificios, que van doblándose en gran curva hacia la derecha, como queriendo encontrarse con la

enorme lengua de terreno que limita los dos muelles; aquel paseo del Faro que entra en el mar, mordiéndole lentamente: veíase allí la farola con su torre blanca, sus cristales azules y encarnados y su balconcillo pintado de verde; después el largo pico de escollera, los bloques gigantescos, brutales, arrojados sin concierto unos sobre otros hasta salir á la superficie de las aguas como enormes burbujas negras; como gigantes contrahechos y aplastados, cuya contemplación hacía pensar, sin que se explique la causa, en arbitrajes, cohechos y tiranías.

Revolvióse en la cama con inquietud, entregado á los recuerdos de aquella época: «¡ay! tiranía la que con él se estaba cometiendo, lo mismo que con Carmen.»

Era ya oscurecido cuando llegó á Málaga: esperábalo Carmen con ansiedad, anhelante por saber el resultado de su nueva entrevista con D. Andrés: llegó á la casa, esperó á que se acostasen todos, iracundo, febril, hirviendo en profunda cólera y soñando á la

vez en su adorada de su alma; estuvo veinticuatro horas sin verla y parecía una eternidad; gozaba y sufría al mismo tiempo, porque la vería en breve y por la congoja que iba á experimentar cuando supiera el triste resultado de su viaje; ¡pero la vería á solas á ella, la imagen pura que en el fondo de su cerebro tomaba forma siempre, con ambrosía de gloria, tonos celestes y curvas de luz: aquella mujer, que era su pensamiento constante, su ansiedad, su locura; la doncella pálida, misteriosa, sombría; soñada siempre allí, en su lecho de virgen, pareciendo sus manos elegantes lirios, destrenzado el cabello, fresca, floreciente, envuelta en blondas, los contornos suaves, altivo el seno, ebúrneo el brazo, el pié breve, y como grey creada por el mundo á la gallarda reina; como hojas de flores caídas del movable tallo, creía ver, rodeando el lecho, encajes, abanicos y camelias! y luego, todo aquel conjunto de voluptuosas maravillas, bajo un rayo de luz celeste y purificador.

La vió al fin aquella noche! Habían quedado en que él iría á su cuarto, porque Carmen estaba enferma; tenían los dos confianza en sí mismos; se vieron, y fué una noche terrible de amargura y deleite; no tuvieron fuerza: la desgracia y la desesperación fueron acicates impulsores y se cometió el delito. Carmen estaba envilecida, y desde entonces comenzó la consternación verdadera de ambos, y sus luchas fueron más fuertes por conseguir la unión legítima que pusiera á salvo la honra de la doncella que él empañó; pero querían obtenerlo, sin traslucir que el crimen se había cometido, y á tal punto llegó Manuel con su conciencia, que más quería el casorio para acrisolar á Carmen, que para satisfacción de su alma, que tan ciego culto la rendía. ¡Sí! pensaba Manuel afligido: el fué malo, apóstata; había pagado en infamia, lo que debió pagar de gratitud; estaba anonado y confundido y obraba por el impulso fogoso del amor de Carmen y el despecho de la negativa de D. Andrés;—correspon-

díase con su amada por escrito solamente y sin confiar al papel en un todo lo que sentía.

En el cerebro ardiente de Manuel rodaban todas estas ideas, con suavidades y vibraciones: se levantó en aquel instante por parecerle ya hora oportuna de acudir á la cita: salió del cuarto sigilosamente, atravesó algunas habitaciones y estaba próximo á la antesala. «Grande tenía que ser lo que ocurría cuando Carmela tuvo el atrevimiento de citarle.» Temblando de miedo porque los sorprendiesen, y con fruición deleitable á la par, entró en el saloncillo: había acabado de llegar Carmela: jadeantes los dos, estremecidos, ansiosos, extendieron los brazos y aproximándose el uno al otro, se estrecharon tiernamente, y ella, temblorosa, exclamó:

—¡Ay, Manuel de mi alma!

Pareció decir con aquella exclamación.—  
No puedo más.

—Ven, ven; dijo Manuel, muy bajo, queriendo aproximarla á un sofá. Pero ella, no se movió; pegaba su rostro ardoroso con el

de Manuel; enturbiábasele la vista, y arreciaba más su temblor ya fuertísimo.

En aquel instante, una persona entraba en la sala; era Pedro, que volvía del despacho de D. Andrés.

Detúvose Pedro, asombrado, y se hizo atrás.

«¿Qué haría? para ir á su habitación le era indispensable pasar junto al grupo que los dos formaban; pensaba al mismo tiempo en los papeles que vió sobre la carpeta de su tío y la impresión que le causó su vista: ¿harían referencia á su persona aquellos documentos? un impulso terrible arrastrábale misteriosamente al deseo de saber lo que en aquellas cartas decía. Pensando esto, oyó un diálogo, dulce, entrecortado y vagoroso, como sutil arroyillo que se escurre entre la arenita y la juncia.

—¿Si vieras cuánto sufro! ¡Si vieras cuánto lloro!

—¡Y no poder evitártelo, Carmen!

—Yo agonizo, Manuel ¡yo sucumbo!

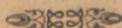
—Qué pasa, ¿dí?

—Que tengo miedo; que me es imposible fingir más, que me vuelvo loca.

—Carmen; por Dios, ten serenidad y esfuérzate ¡pero no llores, mujer!

—Ay, no; te dije miedo, y no es miedo solo; es vergüenza: era preciso que tú lo oyeses.

Aún estaban abrazados; sentíala Manuel temblar contra su cuerpo todavía; la besó en la boca, en las sienes, en el cabello; el diálogo se interrumpió un instante y volvió Pedro sobre sus pensamientos anteriores; aquellas cartas, las tenía como incrustadas en el cerebro y sus signos indescifrables para él y misteriosos, parecían garfios encendidos que trituraban su carne; y después, ¡el encuentro inesperado de Manuel y Carmela! no quería hacerse visible, por el miedo de lo que sufrirían los dos al saber que otra persona tenía conocimiento de sus intimidades.







## IX.

**S**I, vergüenza, yo siempre alcé la frente con orgullo y hoy ya no puedo.

—Carmen, Carmen. Estás helada, tiembles.

—Como tiembla mi corazón de frío, queriendo romper la nube con que quiere luchar, de la sombra, de la infamia y de los celos.

—¿Sombra? sí, no lo dudo: abismo grande; ¿infamia? nunca; amor frenético; ¿celos? ¿de quién?

—¡Celos... de todo cuanto me rodea; de quién te mira; de cuanto tocas; celos hasta de mí misma... y de *ella* también!

Estrechó Manuel fuertemente á Carmela.

—¡No, dijo; no me desesperes! á ti solamente quiero; no pienses así, Carmela; no unas á nuestra desdicha, el dolor de la desconfianza: no debes abandonarte de ese modo á los errores que te dominan.

—No debo, sí; tienes razón, ¡á gemir! ¡á suspirar!... ¿y por qué he de vivir de ese modo? Mira, Manuel; oyéme por Dios, con toda tu alma: hace ya tiempo, no sé cuánto; para los demás, semanas ó meses; para mí, abismos de eternidades, que tiemblo por cualquier cosa; me aterrorizo y me acometen pavor y congoja: creo que me expían; que se quedan mirándome; que al mirarme, sonrían irónicamente; voy andando y me parece que las personas que dejo atrás, quedan señalándome con el dedo y que se ríen mucho, mucho; yo no puedo explicarte cómo se contraen los labios para esa risa, no sé tampoco decirte si me causa agravio, sonrojo, miedo ó desprecio, ó si es que todo eso, jun-

to y compacto, se levanta monstruoso y me asesta el golpe.

—¡Carmela! ¡Carmela!

—¡No, déjame! ¡Déjame que parezca egoísta! ¡Sí quiero contártelo todo! que sepas lo que sufro, para que conmigo compartas el sufrimiento, y se me haga más dulce, pensando que tú lo sientes; ya te lo he dicho; que no puedo más ¡que me desespero, que me voy á volver loca! ¿Qué es lo que me pasa? Mira; si es luchando, con la lucha; que gima, que pene; ¡que me hagan pedazos, que sucumba, pero ayúdame por Dios, ¡que no desaten el rayo contra mí; que no me sonrojen; que me maten, pero que no me laceren!

—¿Pero qué te pasa Carmela, que yo no lo comprendo?

—¿Que no lo comprendes? ¡Y tú no has podido adivinarlo!... ¡Ay, Manuel de mi alma! ¡Si es que tenemos un hijo!

Oyó Pedro una exclamación indefinible de Manuel, al mismo tiempo que le subió á

los ojos, así, como una oleada de sangre, que le cegó por un momento; sintió ahogados sollozos y exclamaciones comprimidas. Fué de indignación su primer impulso y quiso presentarse para confundir con su presencia á los que de tal modo deshonraban el nombre de aquel á quien todo lo debían: de aquí resultó que pensase en D. Andrés y se contuvo involuntariamente; las cartas misteriosas, aparecían de nuevo á sus ojos, como planchas de acero caldeando que le aplastaban las sienas; pasado aquel impulso de indignación, trocóse en pena y lástima por aquellos infelices que tan acerbamente sufrían las consecuencias de su culpa: después de todo ¿qué podía decirse de Carmela y Manuel? que eran dos niños subyugados por la mutua influencia: el pensamiento irritado, volvíase siempre hacia el marido de su tía; en verdad que D. Andrés era el culpable. Si no había de consentir aquellos amores, debió desde un principio separar al uno del otro para que esta pasión no tomara incre-

mento, ó si lo tomaba, que no encontrase la mistificación camino. No; lo que era él, leería las cartas como encontrase oportunidad para ello: la acción no sería loable, pero la rectitud le guiaba, y en estando bien con su conciencia, importábale lo demás muy poco.» Se le ocurrían á Pedro ideas extrañísimas, y conformóse buenamente con que estaba delirando; procuraba desechar ideas tales; quería obrar, y obrar enérgicamente; evitar aquel martirio de Enriqueta, que era una santa, remediando á la vez la desgracia de su pobre prima: esto únicamente le inducía á mezclarse en los asuntos de D. Andrés, hasta lo íntimo de acariciar la idea de sorprenderle un secreto; y sin embargo, algo grande y sombrío surgíale del cerebro para flotar sobre todo; algo á que, sin él definirlo, llamaba rareza y que llegaba á presentimiento; un presentimiento que á la vez iba tomando vida extraña, aunque ficticia de seguro; sospechaba sin saber en lo que la sospecha con-

sistía; parecíale luchar con invisibles enemigos; creía ver ante sus ojos, esferas iluminadas; sombras, contornos vagos, miasmas sutiles; parecíale escuchar gemidos de ultratumba que formaban duo de muerte con los suspirantes sollozos de Manuel y Carmela en aquel momento; y percibía en aquella especie de fascinación en que estaba sumergido, estruendo de risotadas y olor de sangre. Así estaba y resonó en sus oídos desatempladamente la voz de Manuel.

—No, eso nunca ¡nunca!—¿Qué le habría dicho Carmen?

Y luego la voz desesperada de esta.

—¿Pero y tú crees que yo puedo fingir por más tiempo? Si ¡yo quiero irme! ocultar mi vergüenza y confesárselo á mi padre todo; entonces no se opondrá: hemos querido obtener su consentimiento sin que conozca nuestra culpa, para evitarle esa pena. Llévame por Dios, Manuel; ocúltame donde yo deje de avergonzarme de los otros, para

quedarme solo con la vergüenza mía, llévame pronto y lejos. Compadécete de mí que ya no puedo más...

—¡Ni tan pronto, ni tan lejos!

Sintió Pedro que se le helaba la sangre al oír las anteriores palabras, que resonaron tremendas, acusadoras y terribles; ni las había pronunciado Manuel, ni las había pronunciado Carmen; estos quedaron sobrecoogados, al igual que Pedro, después de lanzar á la vez una angustiosa exclamación de sorpresa: habíanse separado y estában atónitos; con las palabras aquellas, sintió Pedro el roce de un vestido sobre la alfombra, pasos menudos, firmes y nerviosos, y vió después á Enriqueta parada entre Carmela y Manuel, y mirándoles alternativamente. Aparecía Enriqueta hermosa y arrebatada, y Pedro al verla, sintió anegársele el corazón en deleite supremo: la brillante luz de la bujía iluminábala de perfil, imprimiendo en la sien, mejilla y parte del cuello, luminosos y cambiados tonos que al sobrino parecían fan-

tásticos, y sumergía lo restante del cuerpo en vaga sombra: la luz que semejaba sobre el semblante de Enriqueta llama rojiza, destacábase vigorosamente sobre el de Carmen, amarillento y contraído; creyérase que la luz resvalaba por aquella piel que parecía marfil lustroso, con blancuras de anemia, inmovilidad de muerto y contracción de espanto, é imponíale el reflejo de la luz destellando sobre la tez lustrosa y amarilla, que le hacía recordar involuntariamente los fuegos fatuos de los cementerios. Manuel, inclinaba la cabeza confundido, y alguna ráfaga de aire sutil seguiría entrando por esta ó aquella rendija, puesto que la luz no paraba en sus oscilaciones, pareciendo tambalear de susto por lo que allí iba á suceder, y como con amagos de apagarse para no verlo y que todo se lo llevara pateta. En tanto Pedro, inmóvil y aturdido, sin abarcar en un todo lo grave de las escenas que en aquella casa se iban desarrollando, pero sintiéndolas gravitar sobre sí, y creyéndose por aberración ó pre-

sentimiento, é inconscientemente, que en él estaba la solución de todo aquel conflicto cuyo desenlace tremendo ó grato se perdía en la sombra,—Pedro, digo—sentíase titubear y libraba gran lucha: hubiera querido presentarse en el salón, pero se dolía grandemente del dolor que á todos en aquel momento causaría su presencia y recogíase en misterioso y santo respeto hacia aquella madre dolorida y ultrajada; la hija confundida por el envilecimiento á que la llevaron las pasiones y el bochorno de verse descubierta en la horrendísima catastrofe de su virginidad caída, y el espectáculo por último, de aquel pobre mozo infeliz y enamorado, causa de la desolación que á todos embargaba. No podía volver atrás Pedro, porque se encontraría entonces en el despacho de D. Andrés, del que le separaba larguísimo y ancho corredor... y al pensar en D. Andrés, le quemaba el cerebro por otra parte el recuerdo maldito de aquellos fatales documentos: en medio de todo, había oído Pedro las exclamaciones de Car-

mela y Manuel.—¡Madre!—dijo la una,—  
¡Enriqueta!—exclamó el otro.

Y Enriqueta los miró fieramente, cogió á Carmen por un brazo y se dirigió á Manuel.

—¿Te sorprende mi presencia aquí?—le interrogó estremecida de cólera:—no te sorprendería, si esta carne lo fuera de tus entrañas;—y arrojó á Carmela hacia él, como pudiera haberle lanzado un insulto.

Miró Manuel á Enriqueta desconsoladamente, y dijo, temblando y en triste tono:

—Quien es noble, como tú lo eres, y generosa y buena...

Interrumpióse, y Enriqueta le interpeló bruscamente:

—Acaba, qué!

—Que no ultraja, que perdona!

—Imploras en vano y tarde. Quien así pide perdón después de la infamia que ha cometido, no es solamente ruín, sino que también cobarde. Un cobarde, que blasonando de honradez é hidalguía, echa la ver-

güenza sobre el hogar que le dió honra al recogerlo de la calle, donde estaba tirado, ¡y no es ya pena, ¿lo entiendes?, no es ya pena! es coraje y rabioso despecho lo que me inspira, ver cómo un hombre, infamando á los demás, se infama de ese modo!...

Inclinaba Manuel la cabeza avergonzado y cobrando Carmen bríos para prestárselos al amante, avanzó á Enriqueta.

—¡Madre! ¡Madre!—exclamó desesperadamente y con mezclado acento de angustia y cólera—déjalo; yo sola fuí culpable.

—Y bien—le contestó Enriqueta—¿qué tono es ese? ¿El remordimiento que grita, ó la pantera que ruje?

Siguió una escena terrible, de las que no pinta la pluma, pero que queman el pensamiento, mientras el alma las llora: era el empuje de las pasiones horriblemente excitadas. Manuel quiso callar á Enriqueta, porque sentía como puñalada de muerte las ofensas que le dirigió en las últimas palabras. Enriqueta sin perder su dignidad, que

resaltaba por encima de su cólera, impúsole silencio.—Calla tú — exclamó;—no tiene voz el vicio cuando habla la honra.—Llegó á suceder lo que os parecerá imposible, por la inverosimilitud que encierra. Como protestara Manuel de las palabras de Enriqueta llamando vicio á su amor, indignóse aquella más todavía, apostrofándoles de nuevo.—No, no,—decía con terrible vehemencia, encendida la cara y brillantes los ojos,—queréis sostener una horrible locura: ¿cómo ha de ser amor el que se olvida de sus pudores? ¿Y sus glorias? ¿Y sus inquietudes y sus misterios? no! nunca podrá subir hasta el cielo la paloma que no tiene alas. Manuel defendía á Carmen.—¡Por Dios, Enriqueta, vé su dolor, su ansiedad! ¡tú eres buena y el mal está hecho! perdónala y perdóname. Y Enriqueta, irónica y colérica á la vez:—Lo de siempre; ¡está claro! ¿Se ha cometido el daño? entonces ¿á qué hablar de ello? ¿Qué remedio tiene? olvidarlo es lo mejor, si! la filosofía de todo el que va siempre, por infamia y por locura,

grabando con el delito feísimas imágenes en la conciencia. ¡No, Dios mío,—continuó más exasperada—si no puedo acostumbrarme á la idea!—y se retorció las manos desesperadamente—no, no puedo,—repitió mirando á su hija con extravío,—no puedo creer que siendo tú un pedazo del sér mío, seas mala. ¿Por qué, si yo soy buena? Si es verdad que los hijos se parecen á los padres, como yo no soy mala, tu padre será un villano.—Y la miró ya con ferocidad mezclada de ternura; el amor materno se iba presentando con todos sus enormes sacrificios y sus melancólicas grandezas.

Aproximóse á ella Manuel, le cogió una mano con tierna solitud y le dijo con mucha dulzura, sin comprender el terrible efecto que estaba causando de este modo en Carmen:

—Reflexiona que nosotros te queremos mucho, y que pensábamos en que nos ayudarás. ¿Por qué, si lo que hay en tu alma es sentimiento por nuestra pena, quieres qui-

tarle su triste hermosura, haciéndonos ver que es odio?—La voz inquieta y dulce de aquel niño, á quien amaba tanto como á Carmela, empezó á ejercer su influjo de siempre en el alma generosa de la madre. Siguió Manuel en sus razones mesuradas, pidiéndole perdón para ambos, con sencilla frase y tierna súplica...; pero ¿qué sucedía mientras á Carmen? permanecía allí, inmóvil, paralizada, oyendo la dulce melodía de aquella voz, que siempre la hizo estremecer y revolverse como en flamante hoguera devoradora, cuyas lenguas de fuego la acariciaban con deleite divino: tenía aquella voz entonces la misma modulación grata, y de aquellos labios queridos brotaban, en suavísimo arrullo, sentidas frases amorosas que no eran para ella; reverdeció en su pensamiento la idea terrible aún no extinguida; pareció aturdira en aquel instante el estrépito de imágenes rotas, altares caídos y templos derrumbados: vió nubes de polvo negro, estrellas rojizas que resplandecían san-

grientas para iluminar con tonos fatídicos en la noche de su alma aquellas ruinas, y á su madre pisoteándolo todo... no! su madre, no! una mujer espléndida y hermosísima; de atavío deslumbrante, sonrisa dichosa y ojos de amor complacido, oyendo las protestas apasionadas de Manuel! Aquel velo negro, le cegó la vista; enrojecieron más las estrellas, y se agrandaron hasta convertirse en fantasmas monstruosos de risas livianas que se interponían entre ella y Manuel.—No, no,—gritó de repente, sin miramiento de ninguna clase—¡suéltala! ¡suéltala!

Enriqueta y Manuel la comprendieron. Aquel tono y aquellas palabras querían decir:—¡No! ¡si esas caricias son mías!

—¿Pero qué tienes?—le interrogó Manuel angustiado. Y ella replicó, seca y desgarrada:—¡lo que quieras! ¡lo que queráis! ¡celos! sí, pero suéltala!—Carmen estaba ya loca.

Fué sumamente rápido é indescriptible á la vez, lo que sucedió entonces.—¡Carmen! —gritó Manuel amonestándola indignado.—

Al oír Enriqueta las palabras de Carmen, se descompuso de nuevo y más fieramente: le faltó el aliento y creyó que se ahogaba, como ya le había sucedido aquella noche: tiñósele el rostro por el bochorno, apareciendo como las estrellas rojizas del delirio de Carmen; toda su sangre indómita rodó por el cuerpo estremecido, sacudiéndose como en fuertes latigazos.—¡Tú... tú... á mí y delante de él!—Esto exclamó solamente y se abalanzó á ella para confundirla: pero al llegar á Carmen, aquellos brazos que amagaban el golpe, por un fenómeno nervioso, sin duda, se estrecharon á ella frenéticamente, asomó á sus ojos la locura de su dolor en profundísimo sentimiento y exclamó con toda su alma, entre sollozos que parecían explosiones tremendas:—¡Hija mía!... ¡qué has dicho!—y la besaba con arrebató, humedeciéndole el rostro con lágrimas, cada una de las cuales era un pecado sobre la conciencia de la infeliz hija. ¡Oh misterioso influjo de las humanas cosas! Carmen se dejó abra-

zar en un principio; fué aquel llanto de la madre benéfica lluvia del cielo para su corazón lacerado, y luz divina que la condujo rápidamente á la contrición y arrepentimiento sincero; abrazó también á su madre y lloró con ella, hasta que fueron interrumpidas por Manuel, que las llamaba ahogadamente; sentíanse precipitados pasos. D. Andrés acudía presuroso; detúvose y quedó mirando á los tres; tenía la faz cadavérica y hubiérase creído que envejeció notablemente en algunas horas; tembloroso el acento, interrogó á su mujer, que se desprendía de los brazos de Carmen:

—¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí?







## X.

**N**OCHE funestísima! siempre te recordará Perico Medrano con el hondo escozor de incurable llaga, y serás de terrible fecha para toda la respetable familia del Excmo. Sr. Senador del reino; el funesto hado no acabó todavía de cernir sus alas sobre aquellas frentes ardorosas y aquellos corazones que latían sin concierto. Me guardaría mucho de hablar por conjeturas; no, desdichadamente! Tengo á la vista irrecusables datos en cartas que obran en mi poder y que no es de oportunidad ahora la explicación de cómo á mi poder vinieron:

si declaro aquí, para satisfacción del que lea, que son estos papeles algunos de los que D. Andrés resguardaba de la vista de Pedro.

No sabía Pedro lo que le pasaba mientras tenía lugar la anterior escena; no podía tampoco figurarse que el estado de su ánimo pudiera subir en exasperación y aturdimiento; sentíase absorbido por ideas contrarias y combatíale fuertemente el pensamiento de la situación dolorosa de su tía; hubiera querido ver en Manuel y Carmen personas extrañas ó enemigos fieros, para confundirlos, iracundo; pero él sabía indudablemente, que agrandaba con su presentación la desdicha de Enriqueta; sentíase también como avergonzado por el forzoso papel de espía que estaba haciendo, y lastimábale, sobre todo, tenaz, avasalladora y candente, la idea de aquellos papeles misteriosos; aunque os parezca extraño, apenas si prestaba ya atención á lo que sucedía, por las mismas preocupaciones de que era presa: sintió de repen-

te las pisadas de D. Andrés y se inmutó tanto que llegó á temer lo descubriese; estaba oscuro aquel sitio, se replegó en la gruesa cortina y contuvo el aliento; pasó por allí D. Andrés, á la par que por la imaginación de Pedro una idea terrible: la de volver al despacho.—¡Quién sabe!—pensaba—se deslizó por el pasillo cautelosamente; al llegar, encontró el despacho abierto, la luz encendida, las cartas sobre la carpeta: estuvo á punto de venderse, lanzando un grito que pudo ahogar; D. Andrés estaba quemando aquellos papeles cuando le sorprendieron las voces que partían de la sala, y escapó, sin duda, apresuradamente para ver lo que ocurría, sin pensar entonces en otra cosa; sobre el tablero había algunas pavesas; separó al azar algunas de aquellas cartas, ocultólas cuidadosamente, tendió la vista por el aposento como para buscar una salida y se dilató su rostro. «¡Y él no había pensado en ello!» la tenía allí, enfrente de la puerta por donde había entrado: esta que vió, era la oficial, propiamente

te dicho, la que daba acceso al despacho, á corredores, dependientes, y demás tropa menuda; estaba la puerta cerrada y puesta la llave por dentro; dirigióse á ella, abrió con sigilo, quitó la llave, salió y cerró con el misma cautela; quitando otra vez la llave y guardándola, se encaminó á su cuarto; Juana había tenido cuidado de llevar una luz, como hacía todas las noches antes de acostarse; no tuvo, pues, que encenderla; cerró con precaución, colgó una prenda de la llave para que obstruyese á cualquier indiscreta mirada el ojo de la cerradura, y respiró ansioso; sacó luego las cartas: había cuatro encerradas en toско sobre, pegado con obleas y de letrajos garrapatosos, y reconoció Pedro que entre las que dejó sobre el escritorio había otras idénticas; estaban sin abrir, como si al haberlas recibido D. Andrés, supiese de antemano lo que le decían; prosiguiendo la inspección, encontróse con cuatro cartas más, de papel fino, letra menuda y correcta, pero débil, como escrita por mano temblorosa, y

aparentaban estos documentos ser de mucho tiempo atrás, juzgando por los filos de sus dobleces, rozados y amarillos; únicamente había además de los documentos mencionados, uno que en nada se parecía á los anteriores.

Ya creo que estoy empezando á presentir la comezón de curiosidad de que estaréis dominados; pero aconsejo primeramente, la calma, á fuer de honradísimo autor, y anuncio que, á continuación y por orden correlativo, voy á exponer á vuestras miradas los curiosos papeles de referencia, al mismo tiempo que los va repasando Pedro: podréis de este modo comprender á medida que en la lectura de los documentos os vayáis engolfando, hasta qué punto llegaría la sensación que á Pedro causó dicha lectura: empiezan las cartas, por el orden en que él las leyó.

I.<sup>a</sup>*Sr. D. Andrés de Saldivar:*

«Hace ya muchos días, Andrés, que no recibo carta tuya; ni me extraña ni te recrimino, porque sé de antemano la contestación que me darás: «los negocios no te dejan tiempo para nada.» Pero no debes olvidar, ya que ni vienes, ni me escribes, que de aquel amor imperecedero que me profesabas, tuvistes la mala suerte de que resultase un hijo: Manuel tiene ya un año y todavía no recibió una mirada, ni una caricia tuya; no te escribiría para esto solo, y añadiendo, pues, lo esencial; que mi salud empeora, y no puedo trabajar como hasta aquí lo hice, para que él viva. Puesto que es tu hijo también, has algo en favor suyo.

LUCÍA.»

2.º

*Sr. D. Andrés de Saldívar.*

«Han pasado cuatro meses desde que te escribí la última carta y aún no he tenido contestación á ella. ¿Te hablé acaso de amor, para que así guardes silencio? estoy enferma y sin recursos; yo no puedo acudir á mi familia, pues tú sabes que es honrada; me echaría á la calle; yo te suplico que no abuses, por el convencimiento en que te encuentras de que jamás acudiré á otros medios que á la plegaria, para pedirte algo en nombre de nuestro Manuel; tú sabes que la vergüenza me impediría hacer uso de otros resortes muy legales, que forzosamente te harían ser pundonoroso. He tenido noticia de que te casas. Sé feliz.

LUCÍA.»

3.<sup>a</sup>

*Sr. D. Andrés de Saldívar.*

«Tu hijo no comió ayer, y hoy lo ha hecho muy frugalmente, gracias á la caridad de una vecina. ¡Dios se lo pague! ¿Será verdad eso que he leído en un periódico que llegó á mis manos casualmente?»

En esta carta había prendido con un alfiler el siguiente suelto de gacetilla, igual en macarronismo á casi todos los de su clase:

«El Excmo. Sr. D. Andrés de Saldívar y Villalobos, ha tenido uno de esos rasgos que tanto le caracterizan y que le han hecho famoso por su generosidad; dicho señor ha contribuído con 20.000 reales á la limosna de San Pedro; ha entregado 3.000 duros para ayudar á la continuación de las obras de San Pablo, y correrá con todos los gastos

---

que se originen para la procesión de Nuestra Señora del Carmen. Estas obras de caridad, revelan los sentimientos altamente generosos del acaudalado banquero de quien se trata; según tenemos entendido, las hace para celebrar el nacimiento de su hija, que llevará por nombre el de la imagen anteriormente nombrada.»

Si es verdad eso, no tienes perdón de Dios y cree que no te perdonará; Dios se contenta con que le recen las almas bondadosas. Los pobrecitos niños que tienen hambre, se mueren si no comen. Adiós.

LUCÍA.

4.<sup>a</sup>

*Sr. D. Andrés de Saldívar.*

«Lo que había de suceder, ha sucedido, ó sucederá muy pronto; no te recrimino, Andrés; es que Dios me castiga por mi falta; yo acato su voluntad y moriré lejos de ti, á quien amo todavía, y lejos de mis padres, que me maldijeron; sea lenitivo de mi culpa, la resignación con que después todo lo he sobrellevado, incluso tu abandono y el hambre de mi hijo; no te escribí más, viendo lo inútil que esto era, y he comprendido que mis cartas más te irritaban que te conmovían; pero ahora me atenderás indudablemente, porque ya no te habla Lucía, aquella muchacha bella á cuyos piés tú llorabas pidiéndole que renegara de su honra; ya no es aquella Lucía, no: es una pobre enferma con el corazón llagado y los pulmones deshechos,

que muere á los veinticuatro años, blanqueándole ya el cabello y arrugado el rostro. Era mi destino, ¡ay, Andrés, y te amo todavía! que me perdone Dios, porque esa es mi culpa más grande; yo debía aborrecerte; el sentimiento me mataba y el orgullo me imponía silencio; ya debo decirlo todo, porque cuando esta carta recibas, no existiré. Tu hijo queda encomendado á una piadosa viejecita de esta vecindad, que se llama Anselma Torres: vive en la casa número 6 de la calle del Soto.

»No sé si me he matado, ó si eres tú quien me matas; si debo pedirte perdón, ó si te debo perdonar; pero de una manera ó de otra, siento en el corazón un yugo enorme, y gime el alma en desesperado grito, porque no te veré en mi agonía; no olvides nunca que muero pidiéndote compasión para Manuel y rogando á Dios que jamás se vea Carmen, ese otro fruto de tu amor legítimo, como se ve tu infortunada

LUCÍA.»

Dilatados los ojos, la frente sudorosa, y aturdido, quedó Medrano al concluir la lectura; le parecía todo sueño penoso: dejó la carta y quedó reflexionando sobre aquel grave asunto. «¿Qué papeles eran aquellos, Dios bendito, que venían á probar indudablemente, un horroroso crimen condenado por las leyes humanas y divinas? ¿Por qué ¡Dios santo! fué tu voluntad que él llegase á conocer el terrible secreto que como fuego venenoso le estaba ya abrasando el corazón? ¡Oh, miserable condición de lo existente! ¡Oh, desgraciada humanidad, que cada una de tus criaturas guarda en oscuros abismos una tremenda historia de lágrimas! ¡Oh, humanidad sublime y perfecta, grandioso monumento labrado en las eternidades por artífice divino! ¡Oh, humanidad gloriosa, que cada uno de tus actos es repugnante aborto de lágrimas tempestuosas y horrendas catástrofes! ¿por qué había él nacido para luchas perversas—como así lo presentía,—cuando encerraba en su pecho, honrado corazón de

nobles instintos? ¡Pobre Manuel y desdichada Carmen, que nacieron para borrar con su terrible llanto las faltas enormes que otros cometieron! ¡Ay, jóvenes infelices! ¿cómo salvaros del monstruoso precipicio en que ya, para desdicha de todos, estáis derrumbados? ¡Ah, pobre Enriqueta de mi corazón, esclava del cariño que á todos profesas, ¿que será de tí, Dios poderoso, cuando descargue sobre tu alma este gigante golpe que ha de ser aniquilación de tu hija y de Manuel, y abismo, en fin, en que con tu esposo te sepultes por la adoración que les tienes, y sepultura mía á la vez, porque yo moriré contigo si no te salvo?—No, no, tía de mi alma,—continuó Pedro, limpiándose las lágrimas generosas que á los ardientes ojos habíanle brotado;—yo he de luchar, yo he de conseguir el remedio para tan hondas desdichas; yo he de morir y moriré desesperado si no te apartase de ellas.

Mientras así pensaba, había observado por el encabezamiento de las cartas, que el

lugar donde residió aquella Lucía, era un pueblo de Córdoba. Maquinalmente cogió las que estaban en toasco sobre cerrado; rompió los sobres, las ordenó por fechas como hizo con las otras, y comenzó su lectura; decía la primera:

*Sr. D. André.*

Con el dadó, que es mi ijo, le mando á su melcé á pedí algún dinero, que Dio quiera que su melcé le dé porque tiene su melcé güen corazón y es su melcé muy capazitao: Manolico sigue tan güeno á Dio gracias y malegraría de tené esos cualtos que su melcé sabe el respeto que le tiene su fina servidora.

ANSELMA TORRES.

No estaba Pedro boyante ni amagado de risa, como en meses anteriores; que á ser así, ya hubiera tenido tela que cortar sobre el estilo de aquellas cartas, exageradamente aca-

démico; leyó otra y decía lo mismo con ligera variación; se explicó de este modo que estuviesen todas cerradas: supuso con razón que D. Andrés no las leía siquiera, figurándose su contenido: echó mano á una tercera, y comenzó su lectura; un rayo de luminosa alegría hizo latir su corazón.—¿Qué carta era! ¡Si estaba soñando! ¡Sería posible! —y la leyó tres y cuatro veces. A juzgar por los entrecortados monosílabos que de su boca se escapaban, todo lo que había pasado era un sueño. Enriqueta, Carmen, Manuel... todos serían felices y le deberían á él la felicidad. ¡Oh dicha! guardó cuidadosamente las cartas que hubo leído, incluso la que tan notable transformación le había causado, carta que no os puedo enseñar en este punto, aunque la impaciencia me consume; por lo demás, era indudablemente, un curioso documento, cuando hacía exclamar al antes dolorido mozo:—¡Ay, sí! hasta ese mismo hipocritón farándula de D. Andrés, se chupará los dedos de gusto y bailará de con-

tento por causa de este empecatado sobrino, que tanto le quema la sangre. ¡Bien! perfectamente: tía, tía de mi alma... cuánto te quiero... viva la dicha.—Y en un nervioso arrebato de aquella felicidad inesperada, armó una música con los nudillos de ambas manos en el tablero de la mesa. Entonces vió allí una carta que restaba por inspeccionar; la sacó del sobre, que tenía el timbre de correos de la Coruña, y la repasó ávidamente; se le encendía el rostro conforme iba leyendo; se le agarrotaban los músculos; sin acabar la lectura, dió un rugido y cayó con pesadez su rostro sobre el tablero de la mesa; saltó á la vez la palmatoria, y despechada sin duda por la sorpresa que le acabaron de dar, despidió la bujía, que cayó rota, apagada y humeante; la habitación quedó en tinieblas; veíase, sin embargo en aquel fondo oscurísimo, un reflejo débil, como estrellita pálida en noche tempestuosa; como el rayo primero de la esperanza en corazón contristado; era la candelilla que aún conservaba el pábilo de

la vela. Apagóse de repente y todo quedó concluido.

• • • • •

La última carta que leyó Pedro, decía así.

«*Sr. D. Andrés de Saldívar.*

»Mi respetable amigo y ex-jefe: como esta va certificada, no temo que se extravíe y hablaré en ella con más claridad, puesto que las otras no las ha comprendido usted. He llegado á la Coruña y es ya insignificante la distancia que nos separa; yo creo que nadie me conocerá, porque los trabajos me hicieron envejecer y hace ya mucho tiempo de aquel feísimo negocio que arruinó, por nuestra cuenta, á su muy querido cuñado D. Juan.

Yo creo que ha de complacerme ahora y que vendrá ese giro en mi favor á cargo de cualquiera de estos grandísimos señores; ya estoy en España y podemos entendernos... hasta con la justicia si es conveniente, para ayudar á que descubra al magnánimo y es-

clarecido ladrón de D. Juan de Medrano. Tengo á su disposición un modestísimo albergue en la casa núm... de la calle de San Ambrosio.

JUAN MACÍAS.»





## XI.

**C**ARMELA y Manuel estaban confusos, sombrío D. Andrés, y altiva Enriqueta, á pesar de su acongojamiento.

—¿Qué es esto? ¿qué pasa aquí?—había preguntado adustamente el señor de Saldívar.—No contestó la esposa y pareció titubear; temió como nunca, adoraba á su marido, y horrorizábase de pensar que la funesta noticia podía matarle; disimuló nuevamente sus aflicciones. «Ya encontraría ocasión de revelárselo; no! ¡pobre Andrés! era una locura.» Miró á D. Andrés, y quiso pronunciar al-

gunas palabras evasivas, pero se detenían allí, en la garganta, como puñales de fuego atravesados; ¡no, no podría nunca!... y sin embargo, D. Andrés estaba enfrente de ella, quieto, marmóreo, glacial, contemplándola y como próximo á extrañarse porque no había ya contestado; creyó la madre que aquellas miradas eran de hondo reproche y queja profundísima, por la honra de Carmen, que no había sabido hacer guardar; concluyó por confundirse más que los mozos, que estaban allí, en segundo término, cobijándose en la sombra como para esconderse de su vergüenza, y sintióse la pobre mujer aterrada; nada contestó, nada dijo; ante el silencio continuado de su señora, llegó don Andrés lentamente hasta Carmen, la cogió de una mano con mucha dulzura; tiró de ella blandamente y Carmen se dejó conducir como ovejilla mansa; la llevó hasta la puerta del salón que caía á sus habitaciones, y entendiendo que la despedían, alejóse calladamente, llorosa, y baja la cabeza; volvió

D. Andrés hacia Manuel y señaló con un dedo la entrada principal del salón.—Vete, —dijo.

¡Qué dos sílabas aquellas! ¡parecieron resonar en los oídos del atribulado mozo, como eco vago de hondísimo sepulcro, ó como zumbiar terrible de gigante trompa? No sé con precision á qué atenerme, pero sí es cierto que marchó como quien anda sobre púas; perdóneseme lo exagerado del símil, pero hasta creo yo, á juzgar por los numerosos indicios que revelaban su desquicie moral igualmente que físico, que mal que pesase al hondo cariño que por Carmen sentía, contemplaba entonces en su imaginación á la adoradísima doncella, coronada de sierpes como las Furias y Gorgonas de la antigüedad.

Presentía en tanto Enriqueta que se acercaba el momento decisivo, y presa de angustia se dejó caer en un asiento, sin fuerzas ya para sostenerse; mas era preciso hacerlo todo, llegar hasta lo último para evitarlo;

Andrés no debía saber nada, hasta que fuesen completamente inútiles los imaginables medios que ella buscaría para que consintiese en la unión que tan necesaria era para la honra de Carmen y la tranquilidad de todos.

Llegó D. Andrés hasta Enriqueta, sentóse á su lado.—Mira—dijo cariñosamente—yo conozco que tú sufres, yo sé que tú lloras, no creas que pasan para mí desapercibidos tus insomnios, porque únicamente puedes tú alimentarte y vivir con el bienestar y el gozo tranquilo de los amados seres que te rodean. ¡Pobre Enriqueta mía!—añadió don Andrés hondamente conmovido,—tú no sabes hasta dónde llega mi pesar por esas calladas y terribles congojas que te maceran! Adonde llegaban, dije... no, dije mal, es lo infinito; por eso te pido yo en súplica ferviente, que no des á ese asunto—de que no hemos tratado, pero que tú sabes cuál es,—que no des á ese asunto importancia ninguna; te digo que lo he meditado, como debo, y estoy firmemente convencido de que esa

unión es hoy un imposible. Quiso Enriqueta separarse un poco del marido; quiso pronunciar algunas palabras, pero no la dejó D. Andrés; la atrajo más á sí.

No, no,—prosiguió con una tranquilidad que dudaba la mujer en aquel instante si sería aparente ó verdadera,—sé lo que vas á decirme, que se quieren mucho, que es un peligro tenerlos aquí, viéndose y hablándose, por mucha que sea la inocencia de Carmen, el pundonor de Manuel, los cuidados nuestros, y particularmente, y sobre todo, la vigilancia tuya.

Pareció con las últimas palabras, que el corazón de Enriqueta se hacía pedazos, creyó ahogarse ¡su vigilancia! de modo que la que siempre se conservó digna y pura; la que hubiera hecho mil veces pedazos su carne y la hubiera desgarrado con sus uñas y atenazádo-las á fuego sin lanzar un gemido, primero que entregarla ilegítimamente á un hombre, á quien odiase ó á quien adorara y por quien muriera; ella, que este concepto de majestad

grandiosa tenía del recato y pureza de la mujer, había dejado de cumplir su misión porque no previno que allí, en el mismo hogar que ella siempre había santificado, una hija ciega de pasión entregaríase á liviano devaneo que después purgaría con torturas y lágrimas, ¡jella, intachable y honestísima, de quien debió tomar ejemplo! Estuvo Enriqueta por romper las vallas que á sí misma se puso, y decir á aquel pobre ciego. «Y tú, hombre de mundo, experimentado y conocedor de las pasiones; tú, verdadero culpable del deshonor de nuestro nombre, que supo guardar mi decoro; si has oído tantas veces las protestas de Manuel, si has tenido presente sus desesperaciones y no te pasaron desapercibidas sus lágrimas; si conoces el carácter, la inexperiencia y la pasión de ambos, ¿por qué vienes á mí ahora,—sin que te haya hecho profunda mella lo que has visto hace pocos instantes,—á decirme lo peligroso que encuentras el que estén unidos, no comprendiendo, ¡desdichado! que el peligro horrible

consiste ya en que no se unan inmediatamente?» Pero no; tenía que ser ella misma la que tenía sacrificarse de nuevo, callar por el amor de los otros; además, no hubiera sido posible que hablara, de haberlo así querido, porque seguía resonando en su corazón aquel acento del amado esposo, aquella voz grave, persuasiva, reposada y cadenciosa; aquella voz que decía, dominándola, esclavizándola como siempre:—Es imposible; tú debes comprenderlo; son muy jóvenes y podría resultar una desgracia; más tarde, sí, daremos nuestro consentimiento; ahora mandaré á Manuel al extranjero y cuando vuelva tendrá remedio todo... y además, no quiero engañarte más tiempo; al fin lo has de saber: oye—Enriqueta le miró estremecida y notó que la cara de D. Andrés se había desencajado; esperó á que siguiese, pero no fué así; se pasó una mano por la frente abrasada y rugosa y acabó en tono brusco:

—¡Nada! que no es posible.

—Bueno, ¿y qué?—En suma, todo aquel

aparato de gravedad habíase reducido á nada: á decir que mandaría á Manuel al extranjero; ni le volvió á preguntar siquiera por lo que había dado ocasión á las voces que llegaron á su despacho, como igualmente á la escena extrañísima que presenció al penetrar en la sala. ¿Para qué, pues, despidió con aquella solemnidad á Carmen y Manuel? No, indudablemente, su marido había intentado decirle alguna cosa, que ó no tuvo luego valor para decir, ó creyó prudentemente aún reservársela.

Al quedar sola Enriqueta, se dirigió á su dormitorio; habíase dejado caer en un confidente; reclinó la cabeza en el espaldar; tenía los ojos entornados y fijos en las cortinas del lecho. «¡Qué desdichada noche! ¡Cómo la recordaría con mortal odio mientras la durase la existencia! aquella existencia que iba á ser en adelante suplicio lento, peor que la muerte, por causa de la rebelde y desnaturalizada hija que rompió todos los obstáculos para satisfacer livianas aspira-

ciones: que no pensó en su padre, que moriría desesperado al saber su deshonra: que se olvidó del oprobio que arrojaba sobre su madre! Aquella madre orgullosa y soberbia hasta llegar á la furia, de pensar solo en el clandestino sentimiento ó la acción ultrajante, tendría que esconderse á las miradas de todos, inclinar la vista y temblar presa de hondos escalofríos. Ella, intachable y virtuosa, tendría que sufrir el sonrojo sobre su frente, aquella frente inmaculada, como antes de que en honrado lecho hubiese roto el marido noble los azahares de la corona.

Los ojos de Enriqueta se oscurecieron en este punto con una nube de sangre, que le abrasó el pecho y la cara. «¡Ah, infame hija, qué hizo, Dios santo, qué hizo!»

Acometiéndole una ráfaga de locura, acarició por un momento la idea de ir hasta la alcoba de Carmen, sorprenderla en su sueño... sí, que quizás, alevosa y taimada, tendría desvergüenza suficiente para dormir en tranquilo reposo: quiso matarla allí, hacerla

pedazos en la misma alcoba cuyas castidades fueron señaladas con el surco negro del latigazo del vicio: creyó después contemplar á su hija, como en otro tiempo, aquellas noches en que Carmen, buena y honrada, retenía á Enriqueta junto á su lecho para que la besase después de dormirse; veíala allí, recostada la cabeza en uno de sus brazos, en desorden el cabello negrísimo cuyas guedejas caían profusas sobre el lienzo de la chambre y el mal cubierto seno, entreabiertos los labios ligeramente con sonrisa que parecía de la esperanza, suspirando con suavidad y cerrados los ojos. Allí estaba Carmen, envuelta en sábanas blanquísimas que se arrollaban en ondas como se mueven en suave rizo las aguas tranquilas del mar para dar paso á la voluptuosa náyade: aquella hermosura de niña en embrión aún, sus cabellos desordenados que se enroscaban y se tendían por el redondo seno, las formas puras, los contornos, dibujándose perfectamente bajo finas telas; todo el conjunto, en fin,

de tentaciones terribles para el hombre, quedaba arrollado y vencido ante un sentimiento hermoso, que parecía llevar el alma á la unificación de todas las grandezas divinas, al ver sus labios sonrosados y al ver en aquellos labios una sonrisa suave, imperceptible casi, pero que atraía, que subyugaba, como si al desprenderse el alma virgen de aquel cuerpo, filtrárase por entre la negra red de sus pestañas, flotando luego invisible sobre el rostro níveo y revistiéndole de sentidas y seráficas dulzuras.

¡Y nada de aquello existía! ¡Manojo de flores tronchadas, albores manchados y cielos rotos! «¡Ay! ¡qué iba á ser de aquella pobre criatura, qué iba á ser, Dios santo!»

Toda esta acumulación desordenada de ideas pasó por su cerebro, una tres y cien veces; empezó á desnudarse con lentitud: se echó en la cama y no podía dormir; fatigada y ardorosa, revolvíase en el lecho, esperando con ansiedad á que llegase el día. Entre aquellas congojas de su corazón y de

sus ideas, experimentaba á veces un sentimiento de inquietud, al pensamiento de su sobrino. ¡Ah! Pedro era feliz en aquel instante, ó no sufría por lo menos las angustias que á ella la estaban macerando: Pedro dormiría tranquilo, llena la imaginación de sueños gratos.

Así esperaba Enriqueta el nuevo sol, con las aflicciones del presente y las inquietudes del porvenir: pensaba que era necesario hacer partícipe al sobrino de la historia de su desdicha para que la ayudase en lo que ocurriera con su decisión y consejo prudentísimo, aunque le dolía en el corazón ennegrecer los bordes de la llaga que ya empezó á martirizar el pecho de aquel noble hijo de su hermano; aquel hermano, pobre mártir de su honradez.

Aquí los pensamientos de Enriqueta sufrieron un cambio brusco; pensó en su pobre hermano, muerto de dolor y de vergüenza, y algo semejante á salmodia fúnebre vibró en su cerebro: todas las hermosu-

---

ras de su alma, todas las fibras benditas de su corazón, eran arrolladas y hundidas súbitamente en negro caos, cayendo allí con estrépitos lúgubres el pedestal de la fe sincera y la resignación sublime, para surgir, allá, sobre todo, un fantasma de la muerte, blandiendo el puñal vengador contra el asesino de su hermano ¡contra el ladrón infame!







## XII.

**P**ERO ¿qué sueño fué aquel? ¿Qué postura aquella, en la que se encontraba cuando despertó?» Restregándose los ojos, preguntábase Pedro así, y se hizo además otras preguntas, á las que no supo contestarse en un principio.

Acudió de pronto á su memoria el recuerdo de las cartas, y se levantó como empujado por invisible resorte; encendió luz y tuvo que sentarse de nuevo; tenía los huesos doloridos, y ardientes los ojos y las mejillas; miró la hora, extrañándose de que muy pronto empezaría á amanecer.



Cogió las cartas y las guardó cuidadosamente, separando aquella, misteriosa, que excitó primero su satisfacción y que todavía no conocéis. Seguro de que ninguna había dejado, salió de la habitación, y de la casa luego, y anduvo á la ventura por las desiertas calles. Los faroles estaban encendidos aún; corría un airecillo sutil que cortaba los huesos; ese airecillo que es el tirano de la villa; el genio malo que flota siempre como una fatalidad sobre la gente cortesana.

Anduvo Pedro á la ventura, como ya dije, sin preocuparse del frío ni del aire; antes al contrario, sentía alivio; refrescábase su frente abrasada por la calentura, y andando, andando como un autómeta, iba reconstruyendo en su imaginación, por instinto casi y con ayuda de aquellos malditos papeles que leyó en mala hora, las escenas de antaño, que tenían relación con las personas amadas suyas, y con aquel D. Andrés. Explicábase entonces, con gesto sombrío y rabia indescriptible, la repulsión que siempre

tuvo al marido de Enriqueta, aquel ilustre canalla, aquel rufián de levita, infame, sin corazón, que dejaba morir á su hijo de hambre, y compraba, sin remordimiento, mantos á la Virgen. «No, no pudo haber ocurrido de otro modo; D. Andrés fué amigo de su padre; se enamoró de Enriqueta, la pediría al hermano y la negó este.» Lo fué componiendo así el sobrino de Enriqueta en su imaginación fogosa, y á la verdad, que no se equivocaba; estas figuraciones, se las hacía Pedro por algunos datos, hasta entonces sin importancia, recogidos casualmente en diálogos que alguna vez oyó, entre Andrés y su tía.

Explicábase ahora, por qué D. Juan, su padre, había negado al amigo la mano de su hermana; tal vez conocería su historia; tal vez, sin conocerla, le tendría la repulsión que sentimos, inconscientemente, hacia los réprobos. Aquella última carta que leyó, firmada por Macías, aclarábale después lo demás, concerniente á tal asunto;

habíase puesto D. Andrés en connivencia con el miserable, y D. Juan fué vendido y robado, sin que sospechara del mal amigo. Torturaba Pedro su imaginación y daban allí vuelcos unas ideas confusas, de memorias perdidas... Resplandeció de pronto la luz en el ardiente cerebro. «¡Ay; sí! Macías; este era el nombre del dependiente de su padre, que huyó cuando aquel fué robado. Vino la quiebra después y no la creyeron; lo del robo, pareció al público, fábula; como fábula la aceptaron los acreedores y fábula fué para los tribunales; es decir, el sambenito, la deshonra para el hombre pundonoso, de conciencia, que tenía que morir imprescindiblemente... y murió en efecto, de bochorno y de cólera.

Y esto era lo que iba abrasando el corazón y las entrañas del hijo de D. Juan; cólera; una cólera, sombría y terrible, más grande y tremenda, cuanto más contenida. «¡Pero si no pudo ser posible aquello ¡no! era ofuscación y locura; era un delirio!»

Y descubierta la cabeza, pasábase las manos por la frente, que se le inundaba de sudor. «¡D. Andrés, el esposo de Enriqueta! ¡el que deshonoró al hermano de esa misma Enriqueta! ¡el que deshonoró al padre de Pedro! de él... de él mismo... ¡Y ella había partido con D. Andrés hogar y lecho! ¡había llorado sus penas con aquellas lágrimas benditas de la santa y de la mártir! ¡había gozado en sus goces con aquella sonrisa de los querubes y de la gloria! Y el miserable, el ladrón, el asesino, había olvidado sus miserias, su robo y su crimen, en brazos de la misma víctima ¡de Enriqueta!» La tempestad rugía feroz y revolvíase indómita en el cerebro del sin ventura. El lo conoció; llevóse las manos á las sienes; cerró los ojos.

—No, ¡Dios mío! exclamó.—¡Que no salte el rayo aún!

Levantó después la cabeza y se orientó del sitio en que se hallaba; á poco trecho, percibíase un vago rumor formado por el agua al caer; hallábase junto á la Cibeles;

amanecía entonces, y divisábanse á lo lejos, festones blanquecinos y rotos celajes armñados, randas de nieve que parecían, para engalanar la túnica de la aurora.

Negó mucho durante la noche, figurando todo como empavesado de níveas galas; el piso, los canapés, los árboles, las chimeneas, los tejados, por do quier, distinguíanse cordones de nieve, encajes primorosos, sábanas extensas y caprichosas estalactitas que destellaban con flamígero relampaguear. Pareció al joven por un instante, que Madrid entero vestía blanco luto, por la muerte infausta de los ángeles y de las vírgenes, como si la virtud y el pudor hubieran huído de Madrid para siempre.

Hiciéronle detener las mismas preocupaciones de que era presa y le distrajo de pronto un ruido de pisadas; eran una vieja y un niño; el niño, ciego, y la vieja medio impedida; el niño sostenía á la anciana; la vieja guiaba al niño; andrajos vestían los dos; los dos presentaban sereno rostro, y

hasta como principio de dulce sonrisa; cruzaron por delante de Pedro, deteniéndose junto á la verja que circuye la fuente; colocó la mujer un catrecillo en el suelo, sentó al niño en él y se alejó muy despacio; el niño quedó allí, solo y tranquilo; no parecía sentir bajo sus piés la nieve, ni en su cuerpo el aire que azotaba. ¡Pedía limosna! No sentía el frío, para sentir otras cosas más grandes.

—¡Oh, humanidad!—exclamó Pedro, sobrecogiéndose ante aquel espectáculo.—¿Pensará ya ese niño? ¿Será infeliz? ¿Será dichoso?—Y le respondieron inmediatamente las plañideras notas de una flauta. ¡Era el ciegucecito, que pedía limosna por música!

A los ecos de aquella música, pareció á Pedro que se le hinchaba el corazón; sintió tremendas congojas; alejóse de aquel sitio, pero volvía otra vez inmediatamente; era una música triste, quejumbrosa; los aflautados sonos parecían decir á los desnudos troncos de la arboleda, á los cerrados aguadu-

chos, al desierto paseo, al aire inclemente y al cielo sombrío :— ¡Tengo hambre! ¡Tengo hambre!— Y Pedro, llorando y como presa del delirio á la vez, creyó que nadie quería contestar á las dulces y misteriosas invocaciones de la flauta. Los rumores de la fuente, se unieron á los de la música. Sí, viólos Pedro; cogidos de la mano, caminaban juntos; ambos acordes, monótonos y dulces, llegaron á los palacios de piedra, y no contestó nadie; subieron al cielo mismo, y quedó mudo el cielo como la dura piedra de los palacios.

— ¡Oh, humanidad, humanidad!— repetía Pedro.— ¿Dónde están tus perfecciones y tus grandezas? ¿Dónde tus generosidades? La virtud es mentira. El pudor un mito. La religión un sarcasmo. Yo un necio, que me conmoví con bagatelas insustanciales; eso de la flauta es un artificio para explotar la candidez de los vanidosos; la vieja que trajo al ciego, una embaucadora; ese niño, alquilado ó comprado para que le gane el sustento;

las notas de la flauta, no son oraciones ni quejas, sino el aire silbando al pasar por un canuto de latón. Había sido un iluso, creyendo durante toda su vida que el honor era una ley de las conciencias honradas; pero ¡ay! el único ejemplo que de esta aserción tuvo, consistía en D. Andrés; al romperse la venda y caer de los ojos de Pedro, encontró que aquel hombre pundonoroso, citado por la multitud como incomparable modelo, el mejor que entre los hombres había, era un infame; que deshonoró á las pobres mujeres; que las dejó morir en la miseria; que abandonó á sus hijos; que robó á sus amigos, deshonorándolos también y causando su muerte, y que desde el pedestal negro de su hipocresía, descendió á ofrecer su nombre y su riqueza, con alardes de generosidad, que era ya coronamiento de infamia, á la pobre familia del amigo á quien robó y mató, creándose así una familia en la familia de la víctima, satisfaciendo á la vez las ambiciones de amor protervo y levantando en el corazón mismo

de las infelices, altares de gratitud para el verdugo. ¡Así, así era la virtud del hombre más virtuoso!» Y entonces, escuchaba Pedro la música de la flauta, como nota fría y punzante, de sarcasmo, y cantaba la fuente á compás de la música la letra que D. Andrés había puesto en su alma: «¡Oh, humanidad! ¿dónde están tus perfecciones y tus grandezas? ¿Dónde tus generosidades? La virtud es mentira. El pudor un mito. La religión un sarcasmo.»

Siguió Pedro su marcha, y se detuvo otra vez súbitamente; sintióse lleno de terror ante otra idea que parecía despedazarle el cerebro: «Si no se había equivocado en todo lo que él pensaba, ¿cuál era entonces la virtud y la honradez y la religión de Enriqueta?...»

Y á esta pregunta, que se hizo calladamente con el pensamiento solo, pero que retumbó en su cabeza como bramido de gigante, hondos escalofríos le acometieron; tembló de dolor, de cólera, ¡de pena! Sentía

opresiones en la garganta, y de aquel marasmo en que sus ideas parecieron envolverle, vió surgir á Enriqueta, afable y hermosa, revestida con todas aquellas blancuras de la nieve arrojada del cielo; con la tranquilidad de la fe, aun en medio de aquel mundo desbordado; con el pudor de la inocencia, aun en medio de aquella cloaca de leprosos; con la sonrisa cristiana de los mártires, aun en medio de la descreída turba social... Y entonces, en la aturdida imaginación de Pedro... ¡lloró la flauta!... Se quejó la fuente.

Se acusó á sí mismo de la ligereza que tuvo. «La humanidad era imperfecta, orgullosa; pero la imperfección de lo grande, el orgullo del valor; tenía sus miserias, no lo dudaba: flaquezas del gigante. Si D. Andrés era un canalla, que tuviese D. Andrés su castigo; si Enriqueta una mártir, que tuviese el premio.»

—¿Pero cómo, ¡desgraciado de mí! he de compaginar yo mi venganza con la quietud y la paz absoluta de Enriqueta? ¿Cómo

comprender lo que ella haría entre el recuerdo de la deshonra y la muerte de su hermano, y el castigo y la difamación hoy del padre de su hija?—Era un conflicto grande, que creyó resolver guardando silencio absoluto para todos, y más para Enriqueta, en tanto que el culpable no recibiese el castigo.

Decidiéndose á esto ya, volvió sobre sus pasos y tomó precipitadamente el camino de la casa.

¿Qué poder había ya en el mundo, por grande y por terrible, que le impidiera desde entonces consagrar su pensamiento y su alma, al alma y al pensamiento de Enriqueta? El único poder había sucumbido ya, porque era el honor de su tío; no existiendo ya este honor, porque su tío era un infame, tuvo Pedro sangre fría para hacerse á sí mismo una confesión que nunca había querido dejar que asomase ni á lo más hondo del abismo de su conciencia: « ¡La amo, la amo! ¡Sí; ella no lo sabrá nunca... yo no se lo diré... pero la amo! »

Entró en su habitación, cogió algunas prendas, papeles y dinero, que metió en un maletín; escribió después la carta que recibió Enriqueta, y salió, dando gritos á Jacinta, que intentaba detenerle para interrogarle adónde pensaba ir.

—¡Por la venganza!—decía él mentalmente.

Asustada Jacinta, llegó con Pedro hasta la puerta de la calle, interrogándole en vano.

—¡Por la venganza, por la venganza!—repetía, una vez y otra. Y se encontró en la calle.

Caminaba presuroso, formando locos proyectos en la imaginación calenturienta. Llegó otra vez á la Cibeles para tomar un coche. Era ya de día claro; abríanse las puertas de los lujosos edificios; despejábbase el cielo, y apresurábanse los transeuntes; pero nada de esto era para socorrer al ciegucecito, que permanecía allí, andrajoso, enfermucho, medio hundidos los piés en la nieve, con sombrerillo mugriento, la cazoleta de latón para re-

coger el óbolo, vacía sobre las rodillas, y balanceando el cuerpo al compás de la sonata melancólica. Todos pasaban sin hacerle caso; todos pasaban, y pasó Pedro también, mientras el ciegucecito de la fuente seguía cantando el poema egoísta de la humanidad, y haciendo verter inmenso llanto á la diosa de piedra que le volvía la espalda.





### XIII.

**A**LGÚN tiempo después entraba Carmen en la habitación de Pedro.

—No está—dijo, con desaliento profundo.

Al salir se encontró con D. Andrés.

—¿A qué has venido aquí?—interrogó, mirándola con fijeza.

Ella no contestó, pareciendo muy agitada.

—Á buscar á Pedro,—dijo al fin:

—Vamos, cálmate,—añadió D. Andrés, sonriendo,—ven acá; dime para qué buscabas á tu primo.

Ella no se atrevió á mirarle; pero sacó fuerzas de la misma situación.

—Pues vine,—exclamó temblando,— para contar á Pedro lo que me sucede: todas mis desdichas, todos mis dolores, todas mis lágrimas.

—¡Tus dolores! ¡Tus lágrimas, niña!—  
D. Andrés la miraba con abatimiento.—  
¿Pero es verdad que tú sufres?

—¿Te extraña por ventura? Pues no debe extrañarte, no; que sufro, y mucho: parece que todos me abandonan; que todos me rechazan; que nadie me quiere. Si es verdad que vuestro cariño existe—y hablo lo mismo del tuyo que del de mi madre y el de todos—¿por qué se me ha de condenar á estas continuas torturas?

—Pero Carmen, ¿qué es lo que estás diciendo?

—¿Qué digo? ¡Te asombra! Ya lo creo; he pensado muchas veces que los padres ven nacer á sus hijos como es lógico y no se olvidan nunca de cuándo nacieron; creen

á todas horas, aunque transcurran muchos años, que siempre son aquellos niños chiquitos que se mecían en la cuna, y olvidan que llegan á hombres, ó son mujeres; que tienen un corazón más ó menos grande, más ó menos entusiasta, que luchan y que sufren, que se engendran en ellos las pasiones y que pueden llegar hasta el crimen, mientras son considerados por sus mismos padres como angelitos que acaban de bajar del cielo.

Terminó así Carmen, y ocultó la cara entre sus manos, rompiendo en sollozos.

—Pero Carmen, —repitió D. Andrés con gran inquietud y cogiéndola una mano. Carmen tenía fiebre. Resonando en el corazón del padre como ecos fúnebres, elevóse la voz de Carmen, para decir entrecortadamente, entre acongojada y colérica:

—Mi primo, huye de mí; se me separa de Manuel...; mi madre me aborrece...

—Pero y yo, ¿te olvidas de mí?—Y D. Andrés procuraba separar las manos de

Carmen de su rostro, para que le mirase esta frente á frente.

Levantó la cabeza; miróle con temor.

—No,—dijo con lentitud;—no puedes tú consolar la pena que ya me affige.

—Pero ¿por qué se inclina tu frente? ¿Por qué te sonrojas? ¿Es tan grande tu secreto, que yo no lo pueda saber?

—¡Padre!

—Vamos, niña, no seas tonta; dime qué te apena, qué sientes. Mira, Carmen, oye bien lo que te digo.—La cogió D. Andrés la cabeza con las dos manos.—Mírame, ¿me estás viendo?

—Sí.

—Bueno; pues lo que tú tienes de hermosa, has tenido siempre de buena,—y la miraba sombríamente.

—Y ¿qué? ¡dilo!—interrogó Carmen asustada.

—¡Qué ha de ser!—repuso el padre sonriéndose, como si hubiera ya pasado una ráfaga de sospecha sombría que le cruzó por

la mente.—¿Qué ha de ser, tonta? Que siendo tuyo el pecado, podremos absolverlo. ¡Cómo no, si eres una santa!—y la besó en los ojos.

Creyó Carmen que moría: sentíase presa de horror tremendo, ante la ojos de su padre fijos en ella confiadamente.

—Vamos, habla, cuéntalo todo; lo ocurrido anoche, tu desesperación por no encontrar á Pedro...

—Me asustas, padre.

—¿Hablas?—y D. Andrés la seguía mirando con supremo cariño.

—¿Y si yo fuese muy mala?—interrogó Carmen de pronto.

—¡Qué tonterías!

—Dilo. ¡Si quiero yo saberlo!

—Mira, Carmen,—exclamó D. Andrés con acento que le brotaba de lo más profundo de su corazón,—aunque sea egoísta y malo lo que vas á oír, y aunque yo no debo decirlo, te juro por el cariño que te tengo, que primero dudaría Dios de su misma om-

nipotencia grandiosa, que yo de la pureza, y la honradez, y la bondad de mi hija de mi alma.

—¿Y si, esclava de una pasión me entregase á un hombre, infame y loca, olvidándolo todo?

Y á esta gran explosión del remordimiento y dolor en Carmela, lívido D. Andrés, se levantó de un salto, fué á su hija con la mano levantada, como para descargar el golpe y exclamó roncamente:

—¡La muerte, Carmen!

Y ella, aterrada, se arrojó á su padre, le echó los brazos al cuello, temblando.—No, —exclamó llorosa,—no, padre mío; ¡si no es verdad!—Y siguió llorando sin consuelo.

Procuró D. Andrés apartar de su cerebro las ideas tenebrosas que le estaban calcinando. Estrechó entre sus brazos la gentil cabeza de la sin ventura, y apartóla luego de sí blandamente.

—No fué nada,—exclamó con dulzura;—ya pasó.

—¡Ay, padre; cómo me has asustado!

Y al dulce mimo con que Carmela pronunció las anteriores frases, sonriéndose tristemente al través de sus lágrimas, don Andrés sintióse oprimido el corazón de crueles penas y extrañas ansiedades.

La miró profundamente, como queriendo encontrar en sus ojos el enigma de aquello, inexplicable y terrible, que ardía en su corazón y contestó con un suspiro.

—¡Ah, Carmen; tú sí que me has asustado á mí!

—¡Pues dime que me quieres; que no te incomodarás nunca conmigo; que yo sola soy tu felicidad y tu amor y todo; que sin mí no vives; que mi desgracia es tu muerte!...

—Carmen, Carmen,—repitió D. Andrés con más inquietud y más asombro.

—Y otra cosa más,—prosiguió Carmen—bésame, aquí, ¿sabes? aquí—y presa el alma de supersticiones y amargura, pálida, como una muerta, temblorosa y aniquilada, presentó á su padre aquella frente, como si espera-

se en el ósculo, la sacramentada restauración de virginidades caídas. Besóla D. Andrés apasionadamente, y Carmen entonces, como iluminada y fortalecida, aprestóse á la lucha, de cuyo resultado podría venir la salvación y la tranquilidad de su espíritu; guardando su secreto aún, no ya por terror, sino como deber que le parecía sagrado, por la quietud del padre, sonrió dulcemente, secó sus lágrimas, y dijo más tranquila:

—Buscaba á Pedro, para hacerle mi embajador cerca de ti—y sonreía Carmen otra vez al decir esto, con infinita tristeza.

—¿Y qué me pueden decir los otros de tu parte, que no puedas decirme tú?

—De eso es de lo que estoy arrepentida con todo mi corazón; de haber pensado en otros para esto; lo que yo no alcance de ti, cualquier cosa que sea, ¿quién habrá de alcanzarlo? Verás, y no te incomodes ¿sabes? mira que no quiero que te incomodes. —Y agarró sus manos y se las estrechó tiernamente.—Iba á suplicar á Pedro, que te ex-

pusiera... que te expusiera que no hay para mí ni un día de felicidad; que siempre estoy llorando y sufriendo; que Manuel me adora y yo también le adoro, sin que alivie nadie ¡ay de mí! en esta lucha, el dolor que me aniquila... ¡no, padre! no te pongas así; ¡mira, ven! no me abandones: yo necesito, que tú sepas todo lo que sufro, para que con tu amor me des consuelo.—¿Crees tú acaso que yo deje de quererte por el amor de Manuel? ¡no, nunca! ¡Tengo yo un corazón tañ grande, que el cariño de todos vosotros le es preciso para que viva y palpите! Pero, ¿por qué me miras de ese modo; dí, por qué? ¡No, no he de callar! ¿No querías que hablara? Bueno, pues hablando estoy. ¿No querías saber lo que pasó anoche? Bueno; pues pasó que me sorprendió mi madre hablando con él, con Manuel; y oye, ¡oye por Dios, padre de mi alma! óyelo todo, que todo lo he de decir, pues ya no te temo; me has besado y tu beso me dió fuerzas para exponerme á tu

cólera; mejor, si lo que yo quiero es morir-me. Pero aunque me muera, aunque sucumba rendida, me iré diciendo que tú has sido malo conmigo; me iré diciendo que para Manuel solamente es mi alma. ¡Sí, todo eso, porque todos me abandonáis! ¡Sin Manuel, me muero de dolor, de pena, y tiene nubes el cielo y están las flores marchitas! ¡Con el cariño de Manuel, el cariño de todos; sin el suyo, el de nadie, y ahora, haces lo que quieras de mí; lo he dicho todo y obraré á tenor de lo que he dicho; ¡con que ya tú ves, si todo eso expuse y todo eso tengo en mi corazón desesperado, lo que me importará que tú me mates!

La excitación misma de que Carmen era presa cuando hablaba, la impidió comprender el fenómeno que se iba operando en el corazón de Andrés al mismo tiempo; que de otro modo, se hubiera callado ante el dolor de la herida que en aquel corazón estaba abriendo. No eran ya inquietudes ni egoismos vituperables; era la sorpresa pro-

ducida en el cerebro del hombre por la gran transformación que veía desarrollarse en aquella hija adorada; sin darse cuenta Carmela, había pronunciado aquel discurso, que sobró para dar á entender al corazón del padre que estaba dispuesta á todo, y que era capaz del crimen por salir adelante con su empresa, y esto fué un golpe mortal para aquel padre insensato, que creía tener en Carmen un instrumento dócil á sus más ligeras indicaciones, sacrificándolo todo por respeto y por cariño; uníanse, pues, la decepción del cariño paternal que experimentaba, con el miedo á la lucha que la actitud de Carmen daba á entender que sostendría; vencido por todos aquellos dolores, incertidumbres y sorpresas, y el horror profundo que experimentaba cuando su pensamiento, aun en medio de semejante tribulación, se remontaba á lo porvenir, y calculando lo que podría suceder, vencido,—digo, por todo esto,—extenuado y presa de cruel congoja, no supo qué contestar á la terminación

del discurso de su hija, á quien tenía allí, inquieta, ruborosa, avergonzada, como con miedo de haber dicho tanto y con gran deseo, á la par, de seguir todavía.

Habíase levantado Carmen mientras hablaba, sin que á D. Andrés permitieran el asombro y el dolor hacer ni un movimiento; después continuó la hija, inclinados los ojos sobre la cabeza de su padre, y mirándolo con emoción profunda; el silencio de D. Andrés le pareció principio de la victoria porque tanto tiempo hacía luchaba, experimentando esa impresión de religioso respeto que las almas grandes sienten por el vencido; aproximóse á él lentamente, aérea y hermosa en su mismo abandono, exento de coquetterías femeniles en aquella situación grave; se hincó de rodillas en el sofá en que estaba el padre, rodeó con sus brazos la cabeza de D. Andrés, y muy suavemente é inclinando la artística cabeza, radiante de juventud y vida, besó los cabellos prematuramente blancos de aquel hombre á quien debía el sér.

Pálida, enrojecidos los ojos por el llanto anterior, y abrigando ya la esperanza en el corazón, seguía besando á su padre blandamente; sentóse luego sobre sus rodillas, como aquella muchacha traviesa y juguetona de hacía algunos años, hizo al padre que inclinara la cabeza sobre su pecho, le besó también las mejillas y los ojos, y luego, con dulzura, con mucha dulzura:

—Padre—dijo,—¿es verdad que nos quieres? ¿Es verdad que ya ha terminado todo? ¡Te he hecho sufrir mucho, pero verás en adelante cómo expío todo lo que he sido de mala... porque aunque tú no lo creas, yo he sido mala, muy mala... ¿Es verdad que me has perdonado y que seremos felices? ¡Habla, contéstame!

Hablaba así Carmela, suspirante y hermosa, resonando aquel acento en el corazón de D. Andrés con purísimos acordes de ternura; olvidábase de todo oyendo á su hija, y parecía embelesarse con aquellas dulces armonías del canto querido. Así estaban los

dos, cuando otro personaje se hizo visible en la puerta del salón; detúvose sorprendido ante el grupo formado por D. Andrés y Carmela, é intentó volver atrás sin ser visto; pero aunque Carmela estaba de espaldas á la puerta, le reconoció por un espejo que tenía en frente; se arrancó entonces de las rodillas de su padre y fué corriendo á la puerta:

—¡Ven, Manuel!—dijo radiante de gozo.  
—¡Ven!—Y le cogió de la mano, tirando febrilmente.—¡Ven; así, ponte de rodillas como yo me pongo; ruégale también como yo le suplico! —Arrodilláronse los dos ante los piés de aquel hombre, y en aureola celestial, un rayo de sol iluminó aquellas tres cabezas, como si no estuviesen malditas por el crimen.





## XIV.

**M**EDIABA el día y era una luz la que reinaba á aquella hora bien distante de la dulce y vaga del crepúsculo vespertino, en que conocisteis á Carmela.

Como aplanado por tremebundo golpe, quedó D. Andrés ante la salida inesperada de su hija; vió á los amantes arrodillados, implorándole misericordia y no le fué posible poner en sus labios una palabra con que desatar la lengua, inmóvil como si de pronto se hubiese convertido en plomo, y ardiente como si todo aquel plomo, se fundiera al

calor de llamas horribles que aleteaban en su mente, con algo que tenía mucha semejanza á crujir de huesos y estallar de exhalaciones.

—Alzáos,—exclamó confuso.

—¿Y accederás?—Interrogó ella, jadeante.

Se llevó D. Andrés las manos á los ojos. Miraba á los jóvenes como al través de nube sangrienta, pareciéndole salamandras enrojecidas al toque de satánicos y misteriosos fuegos; parecía también, que todo aquel color de sangre, se lo comunicaba él con los ojos; que los manchaba mirándolos.

—Habla, padre, habla,—decía en tanto Carmela, vivamente.

Revistióse con trabajo de una entereza que no tenía, y exclamó con sequedad, dirigiéndose á Manuel y señalándole la puerta de su despacho:

—Tú, entra allí.

Parecióle que este dudaba, y repitió con cólera.

—Que entres allí, te he dicho; tengo

que hablarte; si tardo, me esperas todo el tiempo que se necesite.

Y Carmen, conciliadoramente, suplicante y humilde,

—¡Si él hara lo que tú quieras!—dijo—  
¿es verdad, Manuel? Anda, obedece; seamos buenos para que no se disguste; anda—y le empujaba con dulzura hacia la puerta del despacho.

Allí entró Manuel, sin decir una palabra, pero revelando al padre y á la hija en la mirada, para despecho y dolor del uno y orgullo y entusiasmo de la otra, hallarse dispuesto á todo, primero que retroceder en la senda que se había trazado.

Al quedar solos, dirigióse D. Andrés á Carmela; la miró con ansia y terror al mismo tiempo; la cogió fuertemente de una mano, y apretándosela convulso:

—Hija,—exclamó—ese cariño que enciende tu pecho, es necesario que termine, y si no desaparece, que lo reprimas, aunque sufras, aunque mueras... ¿Lo oyes? Es pre-

ciso que sea de ese modo; será tu locura, tu muerte, será el calvario de toda tu existencia...

—Padre, padre,—gritó ella aterrada.

—¡No hay protesta! ¡es inútil! ¡ha de ser así! ni una palabra más, ni una súplica, ni un gesto; fué tu triste condición... y no olvides lo que te digo; no olvides lo que te juro; si tú te mueres, me muero yo también. ¡Tanto te adoro!... nos moriremos los dos, pero tú no serás de Manuel—y salió sin mirarla.

—¡Dios mío!—sollozó Carmela, al verle partir.

Parecía como loca; miró á todas partes con extravío y en aquel instante entró Enriqueta.

—Madre, madre del alma;—exclamó Carmen dirigiéndose á ella con los brazos abiertos; pero se quedó inmóvil, con los ojos medio desencajados, ante la mirada adusta de Enriqueta.

—¿Qué ocurre?—preguntó friamente la

madre, deteniendo con un ademán el arrebato expansivo de su hija.

Ella la miró ya como con vértigo... «¡Justo castigo de todas sus ligerezas! ¡Su padre, cruel é intransigente! ¡Su madre, severa, adusta y despreciativa! ¡Qué le pasaba, Dios santo!»

—Madre,—gimió dolorosamente,—¡perdóname, no me abandones tú; solo tú me quedas!—y se abrazó llorando á su cuello.

Sintióse la madre horriblemente impresionada con el dolor y el llanto de su hija, pero aún tuvo energía para rechazarla con dureza.

—No—dijo bruscamente,—suéltame; no te perdono, nada olvido; has sido mala hija, eres mala mujer y serás mala madre. Suelta.

—No, no, ¡por Dios, madre mía!

—¡Suelta!

—¡Madre!

—¡Yo no soy tu madre!—y la empujó brutalmente.

Carmen cayó con pesadez y no se levantó: había perdido el conocimiento.

Al empujarla Enriqueta, se volvió como para salir; pero oyó el golpe y retrocedió precipitadamente; llegó hasta ella, se hincó de rodillas, la cogió en sus brazos, la besó con extravío y murmuraba entre sollozos: — ¡Hija, hija!

Entró Jacinta en aquel momento; llevaba una carta en la mano; al ver á sus amas de aquella manera, se olvidó de todo, corrió también á prestar auxilio á Carmen.

Cuando empezó á volver en sí, se irguió Enriqueta. — ¿A qué venías? — preguntó á Jacinta.

— A dar á V. esa carta, — contestó la doncella de mal humor, y señaló la carta, que había caído al suelo.

— De Pedro, — dijo Enriqueta sorprendida, cuando vió la letra.

— De Pedro, sí, — contestó Jacinta, cuyo enfado parecía crecer; — de Pedro, que se ha vuelto loco en esta casa, como todo el mundo.

Enriqueta leyó apresuradamente, presintiendo una nueva desgracia; y Jacinta siguió

regañando; «aquello no lo podía aguantar; siempre lo mismo ¡para vivir de aquel modo, mucho mejor hubiera sido quedarse en su cortijo! allí todo el mundo estaba contento: sus hermanos, sus padres, sus trabajadores, y no que en aquel sumidero de Madrid de los demonios, donde tenía que estar con el alma en un hilo, viendo tantas cosas que no debía ver... ¡es claro! la culpa se tenía ella, cuyo corazón estaba puesto siempre en mitad de la calle para el primero que por allí pasaba, que sino, maldito el cuidado que le daría de que á Carmen le entraran *soponcios*; de que á su ama Doña Enriqueta le anduviesen los demonios en el cuerpo, siempre colorada como una guinda y siempre con los ojos enrojecidos de llorar; de que á Manuel se lo llevara también el mismo diablo; de que Perico fuera mucho con Dios á tomar el fresco, y de que al viejucho lo enterrasen cuanto más pronto mejor; pero ella, taimadísima, tenía metido en su corazón el corazón de los otros, y ahí tienen ustedes que *una* ha

de sufrir y llorar lo mismo...— ¡Válgame Dios, qué cosas! ¡qué cosas!— y se limpiaba el llanto, inclinándose á la vez sobre Carmen, afanosa de que volviese al sentido. Pero esta era otra. ¿Adónde, adónde cuernos había ido el tal Pericote aquella mañana? ¡Jesús! cuando ella decía que la iban á volver loca, ¡no se equivocaba! ¡Qué manera de gritar tenía Pedro, cuando le dió la cartita para la señora!...

Contúvose de repente, y exclamó de mal humor:

— ¿Otra te pego?

Fueron motivadas estas palabras, al oír un grito que dejó escapar Enriqueta:

«¡Dios poderoso! ¿Qué la decía su sobriño en aquella carta? ¡Que el matador de Juan Medrano había parecido! ¡Que Pedro vengaría á su padre!...» Y luego, al final, «¡Tía de mi alma! prepárate á sufrir, que todavía no conoces el dolor, aunque tantas veces ãsoló tu pecho y tantas lágrimas te hizo verter.»

Volvía en sí Carmela, y su madre, profundamente conmovida, encargó á la doncella que la cuidase mucho.—No,—dijo saliendo:—no quiero que me vea así. Entró en su aposento y se echó en un sofá. ¿Qué nuevas desgracias, qué nuevas inquietudes, qué nuevas luchas sobrevenían? Quiso rezar, pedir á Dios que la iluminase, pero no pudo... Y bien, ¿adónde había ido Pedro? No lo decía en la carta. ¿A vengarse? ¿Y si moría también como su desgraciado padre? Tembló la infeliz al pensar en esto; pero avergonzada después por aquel sentimiento que creyó de debilidad:—No—dijo,—si muere, la muerte será su gloria más santa. ¡Su padre era rico, era honrado y murió en la infamia, y murió pobre! Pedro iba por su honra, por su riqueza; si moría ¡bien! ella estaba en el mundo para vengarle. Y pensando de este modo, sentíase fuerte, viril y había en sus ojos algo de fiereza soberana, puesta en ellos por el espíritu indomable. Se levantó al fin, y serena,

hermosa, tranquila, se arregló la falda, se alisó el cabello y salió de su habitación.

—Es preciso casarlos, pensaba, volviendo á sus más grandes inquietudes; ahora veremos lo que dice Andrés.





## XV.

**D**ESPUÉS que se hubo repuesto Carmela, preguntó:—¿y mi madre? —Se ha marchado— contestó Jacinta.

No preguntó más; nada parecía llamar su atención; ni aun el discusro continuado de Jacinta. La interrumpió de pronto, diciéndola secamente:

—Déjame sola.

Salió la doncella murmurando, y Carmen quedó en la misma inmovilidad y el mismo silencio. Se animaron de repente sus ojos; se levantó con viveza y avanzó al encuentro de Manuel.

—¿Qué te dijo? ¿Qué te dijo?—interrogó ansiosa.

—Nada; habla con tu madre; le esperé hasta ahora y no ha venido; aquí estaré cuando vuelva; aquí me dirá lo que tenga que decirme.

—¡Nos separan, Manuel! ¿No lo estás viendo? ¡Me habló muy claro!

—¿Separarnos? Que lo intente. Ni aun tú misma, sabes lo imposible que eso es.— Era el acento de Manuel, decidido, grave, respirando toda la energía de un convencimiento íntimo; lo notó Carmela, á pesar de su turbación, estremeciéndose profundamente; leía en los ojos, en el ademán, en el semblante de su amado, que estaba decidido á tomar una determinación, cualquiera que fuese; miráronse ambos con fijeza, y ella al fin, lentamente, y sin dejar de mirarle, dijo:

—Yo te ayudaré.

Estaban los dos inquietos y como preparándose á la próxima y tremenda lucha que

presentían, paseando Manuel y mirándole Carmen.

—¿Pero por qué? ¿Por qué obra de ese modo? —exclamó ella al fin. —¿Qué le hicimos? ¿Qué pretende? ¿Cómo lo justifica? ¿Qué obstáculos hay?—Y desesperábase, recordando la última conversación con don Andrés.

—Mira,—dijo Manuel deteniéndose;—no sé sus designios, pero me basta conocer los míos, que son el honor; acabaré ya con trabas y respetos, que eso es lo que nos perjudica. Si quiere lucha, he de luchar. Si quiere que muera, he de morir; pero no sucederá todo eso, sin que comprenda él la injusticia que comete y el mal que hace.

—¡Ay, Manuel! Ante Dios, yo soy tu esposa, ¿es verdad? quiero oírtelo muchas, muchas veces, á todas horas; quiero tranquilizarme de ese modo.

—Sí, mi esposa ante Dios, y ante los hombres también lo serás.

—No, Manuel, no quiere.

—¿Y quién podría impedirlo?— exclamó él con la arrogancia del desesperado—¡será! y ¡será! quiero que comprendan todos, y probártelo á ti misma, si tú me ayudas, que en la situación en que estamos, es mucho más fácil romper vallas que dar rodeos para seguir el camino.

Le miró afanosa, Carmela.—Tú no sabes, —dijo.— Me animan tus palabras, me conmuevo profundamente, me siento con valor inmenso para combatir en esta lucha dolorosa en que la suerte nos ha lanzado; pero cuando estoy sola, cuando no me animan tus frases y tus ojos, cuando no tengo tu mano que me guíe, toda la gran fortaleza de que hago alarde, húndese deshecha en lágrimas; toda la bravura que tú me inspiras solo con verte, truécase luego en la incertidumbre y la congoja.

—Entonces ya no cejarás en tu valentía; porque siempre estaré yo á tu lado.

—Me das valor y me desesperas al mismo tiempo; pero ¿y si él no lo permite? ¿y

si no rompe la venda que le ciega? ¿Y si con esa terrible tenacidad,—de un modo muy fácil, puesto que es el más fuerte,—nos separa de una vez para que jamás volvamos á vernos?

—¡Eso no lo hará nunca, porque no querré yo!

No sé cómo pronunciaría Manuel estas palabras; pero Carmela se echó atrás un poco y exclamó temblando:

—¡Me asustas!

Se aproximó á ella Manuel, la cogió de las manos y mirándola con amor y lástima,

—¡Pobre mujer!—exclamó lentamente.—  
¿No conoces, que incertidumbres y timideces, concluyeron en mí desde que combato también por nuestro hijo?

Encendida ella como la grana, inclinó los ojos.

—No, Manuel, yo te suplico por Dios que no me hables de eso nunca; me doy vergüenza de mí misma y quisiera matarme algunas veces; sé bueno, sé bueno conmigo,

y yo te amaré más aún si es posible, porque esa bondad tuya, yo no la merezco, ni merezco la de nadie. Mira; nuestro antiguo cariño, nuestras antiguas impresiones dulces y santas, que nos parecían un sol espléndido, hoy me parecen también un sol, pero un sol sin rayos, sin lumbre, un sol que no ilumina y que al hundirse en el ocaso, como el astro del día trae en la tarde que acaba el germen de la noche, así dejó en mi alma un reflejo de espanto. ¡Déjame! ¡no me mires! ¡no me tengas lástima! ¡déjame, aunque parezca loca! Oye, y cuando este sol que nos ilumina ahora, más hermoso y más espléndido que aquel de nuestras almas, acaricia mi frente y mis cabellos y me llena con su luz, creo yo que Dios me rodea de clara lumbre, para que más me avergüence y se destaque más mi mancha, á los ojos del mundo.

—Tranquilízate, Carmen,—dijo Manuel bondadosamente.—Tú has faltado, pero eres buena; eres impresionable y me quieres

mucho; yo te lo agradezco; pero mira, óyeme bien, otro pecado más grande has cometido; has ultrajado á tu madre que es una santa, á tu madre á quién debes doble agradecimiento, por lo que á ti te quiere y por lo que me quiere á mí; á tu madre á quien todo lo hemos de deber también, me lo dice el corazón!

Inclinó ella el rostro, llorosa, avergonzada, humilde.

—Perdóname Manuel, estaba loca y lo estoy aún: perdóname tú, ya que ella no quiere perdonarme,—y refirió á Manuel lo ocurrido antes con Enriqueta.

La escuchó Manuel, afanoso y triste; procuró luego tranquilizarla: «todos aquellos sufrimientos, no eran más que preludios de tranquilidades próximas; natural castigo de la falta cometida: tiempos vendrían más bonancibles en que recordaran los dos, tranquilos y satisfechos, estas épocas de amargura, apreciando así en toda su grandeza infinita, la felicidad de entonces.—No llores,

Carmen; ten resignación y tranquilízate, preocúpate de lo que nos espera y ármate de valor: yo lo he previsto todo y todo lo arrostro, porque te quiero y porque soy honrado.

—Pero no es la desobediencia principio de honradez.

Esto dijo D. Andrés, entrando; había oído las últimas palabras del mozo.

Se rehizo Manuel, miróle frente á frente:

—Porque usted lo piensa así,—dijo.—Yo, no; le estuve esperando; no he creído contrariarle viniendo aquí; lo mismo da esperarle en un lado que en otro.

—Bueno, tienes razón, es igual. Déjanos solos, Carmela.

Temblando y ruborosa, disponíase á salir. Manuel la detuvo y dijo al mismo tiempo, adusto y grave:

—No es lo mismo, D. Andrés.

Y D. Andrés, asombrado é inquieto por aquella resistencia que no comprendía, y

aquel tono de Manuel, que le aterraba sin explicarse el motivo,

—¿Qué has intentado decir?—preguntó.

—Que según yo lo entiendo, muy bien puede estar presente y puede oír todo lo que usted me diga—puesto que no será indigno ni será innoble—la que ha de ser mi esposa.

D. Andrés miró á Carmen con fijeza extraordinaria y esta bajó los ojos.

—¡Carmela!—interrogó lentamente y pensando cada una de sus palabras.—¿Y qué tienes tú que añadir á todo lo que él ya ha dicho? ¡Quiero saberlo: habla pronto!

Y ella, temblando de miedo, pero resistente y enérgica, aun en medio de su inquietud y su intranquilidad:

—Tengo que añadir, sí; tengo que añadir mucho, que á ti te pese, aunque tú ya lo sepas; que á mí me acongoje, porque sé que te violento: yo sé que vuestros dos corazones laten por mí como si fueran uno, como late el mío por el de vosotros dos; yo sé, porque me está sucediendo, que si cada

uno de vosotros me pidiese una cosa distinta, yo misma me haría pedazos no pudiendo complaceros á la vez, y moriría contenta de este modo, comprendiendo que era el único para resolver el conflicto. Tú, padre, me pides la muerte, pidiéndome que no le quiera, y él, ¡padre! me pide la vida, pidiéndome que le adore y diciéndome que me ama; y yo, que también le amo, ¿qué es lo que quieres? ¿Qué te he de contestar? ¡No te ofendas, por Dios! ¡yo te lo pido! ¡No te ofendas si te contesto como tú me lo exiges! ¡Quiero la vida con él! ¡Dame tú la muerte ahora, que bien la merecí, porque te he desobedecido!

D. Andrés, confundido ante aquella lógica grande y espontánea de los corazones juveniles:

—¿Pero no véis, insensatos—exclamó—que empezáis por olvidar que no habéis de conseguir nada?

—¡Yo lucharé por conseguirlo todo!

—¡Desgraciado, iluso!—replicó á Ma-

nuel.— ¡Tú luchar! ¿Y quién eres tú para eso?

— ¡Padre, padre! — decía Carmela hondamente afligida, é implorándole como á Dios.— ¡Compadécenos siquiera! ¡Sé generoso!

Era interesantísimo el cuadro por los tres presentado: ella, confundida, suplicante, llorosa, con los ojos tristes; Manuel, al lado opuesto, tranquilo, impassible, mirando á D. Andrés cara á cara; D. Andrés en medio, fluctuando en horribles indecisiones y espantado del dolor que causaba á sus hijos, recriminándose interiormente todas sus culpas anteriores, que vinieron á darle tal fruto, y retratándose en su rostro amarillento y arrugado las tremendas luchas del espíritu subyugante, que le oprimía como el ángel bueno oprime con su pie la garganta del demonio. Viva lumbre entraba por los entreabiertos balcones; los rayos de un sol de invierno, fúlgidos y penetrantes, iluminaban enérgicamente las figuras y los contornos,



dándoles con más irresistible fuerza, realidad y atrevimiento.

Disimulaba D. Andrés en vano por acallar sus angustias, buscando á la vez con ahinco en su cerebro una idea luminosa que le sacara de aquel gran tormento; ya la había concebido, pero la consideraba inútil; intentó, sin embargo, ponerla en práctica.

—Oye—dijo á Manuel,—vas á oír un consejo que te conviene mucho aprovechar, porque si lo sigues, obtendrás una ventaja que no tienes; voy á darte el consejo, advirtiéndote antes, que para mí, es igual que lo sigas ó nó: necesito que vayas á Marsella para unos asuntos urgentísimos; á tu vuelta veremos lo que he decidido; dame tiempo para reflexionar; hoy, ya lo sabes, te lo digo rotundamente: es imposible lo que intentas.

—No es locura, D. Andrés—dijo resueltamente el joven.

—Oye lo que hablo y no me retes, si ambicionas ser feliz y quieres la paz con-

migo : ve á Marsella y después hablaremos.

—Iré, sí; iré adonde usted me diga, adonde usted me mande, pero Carmela vendrá conmigo.

—¡Con ella!—repitió D. Andrés como sintiendo que empezaba á extraviársele el juicio.—Pero ¿sabéis vosotros lo que intentáis con eso?—Y los miraba alternativamente.

Parecióle que todo un mundo caía sobre su cerebro para aplastárselo; se llevó las manos al congestionado rostro y á las sienes, que creyó iban á estallarle, cuando oyó como contestación á sus palabras últimas otras de su hija, como una reconvención dulce, y amenaza terrible á la vez; fueron frases que parecían salir de la boca de la joven, tembladoras y lentísimas, como corales que se quiebran, con interrupciones propias de la emoción con que eran pronunciadas, cada una de las cuales pareció á D. Andrés golpe tremendo sobre unos clavos agudísimos y candentes

que en el cerebro y en el corazón le entraban. Y lo que dijo Carmela, *no fué más* que esto:

—Conmigo, sí.

—Pero tú, ardiente fiera con alas de ángel, tú que envenenas mi vida sin remordimiento para endulzar la de otro, tú que me debes el sér y que eres mi sangre y mi tormento, ¿qué sabes del mundo ni de sus cosas? ¿Qué entiendes de esperanzas ni de dolores? Calla y escucha; goza en tus felicidades y deplora tus desgracias, sin descender á lo profundo, ni remontarte á lo infinito.

—No,—dijo ella irguiéndose con violencia,—no; que eso que tú me dices es la esclavitud, y yo tengo que bajar á lo profundo y subir á lo infinito, porque lo infinito es mi amor, y lo profundo, lo hondo, lo insondable, lo que me llena de espanto con sus negruras, es la perfidia de que alardeas, queriéndonos separar sin un motivo que lo justifique, y sabiendo, como sabes, que nuestra unión es nuestra vida.

Y por primera vez, vió Carmela colérico

á su padre, descompuesto el ademán, contraídas las facciones.

—Bueno—exclamó,—puesto que pensáis así, tú, Manuel, no cabes ya en mi casa, ¿lo oyes? me desobedeces y yo tengo vergüenza hasta de haberte adoptado como hijo. Vete.

—No,—gritó Carmela sintiendo en su corazón aquel ultraje que hacían á Manuel, y aterrada al mismo tiempo de pensar el efecto doloroso que le habría producido.

—A la calle,—rugió D. Andrés, mientras Manuel, pálido y tembloroso, disponíase á salir.

—No, no,—repetía ella,—no te vayas.

—¡Tú, aquí, á mi lado!—gritaba D. Andrés, cogiendo á Carmen de una muñeca.

—¿Pero por qué le rechazas? ¿No ves que va á matarse?—y estalló Carmela en sollozos.

—¡Tú, aquí!—repitió D. Andrés.—¡Ni cariños, ni amenazas! Nada me detiene ya.

—¡Padre... me haces daño! ¡Suelta!

—No, ¡si no es posible! ¡Si quiero que me obedezcáis, á la fuerza sino es de buen

grado! ¡Yo lo quiero, yo lo exijo! ¡Así, así! Tortura,—y la cimbreaba fieramente de un lado á otro, apretándole las muñecas y como queriéndola segar con el relampagueo de sus pupilas;—así, tortura, aunque tu cuerpo todo se haga pedazos; aunque tus huesos se trituren y se partan con esta presión.

Volvió atrás Manuel, se abalanzó á ellos, intentando separar á Carmela de su padre, pero loco ya aquel, seguía apretándola con más fuerza, sin oír á Manuel ni á su hija; lloraba Carmen sin consuelo por lo que ocurría, interrumpiendo su llanto con ahogados gemidos, del dolor que le causaban los dedos acerados de su padre; esforzábese Manuel inútilmente por arrancar á Carmela de aquellos dedos que parecían garfios. Extenuadas ya sus fuerzas, doblábase como débil hoja: desbandado el cabello, pálida y llorando en silencio, inclinó la cabeza al fin como disponiéndose al sacrificio.

La arrojó contra el suelo D. Andrés á una brutal sacudida, y ella se incorporó

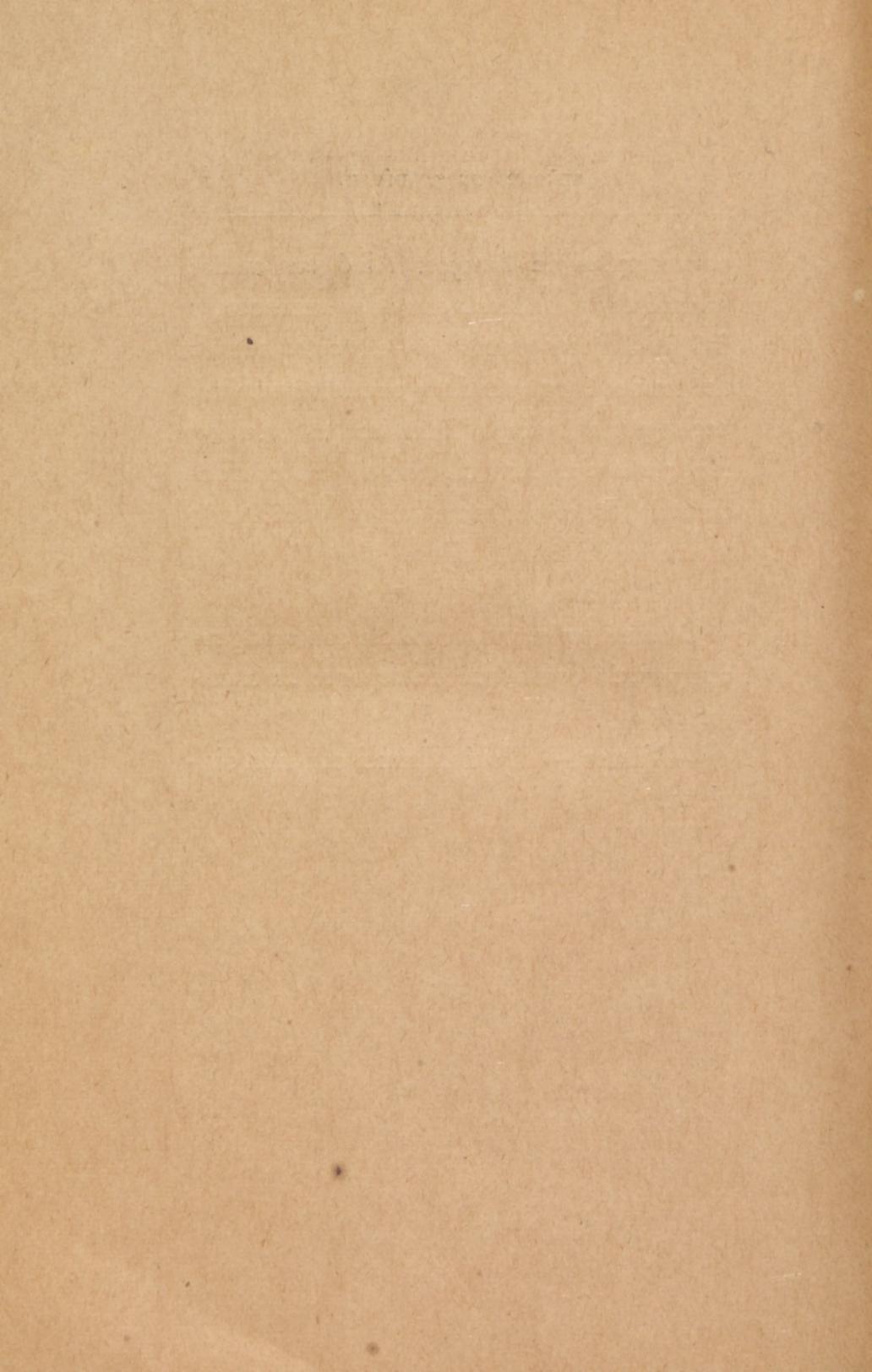
para quedar de hinojos. Alzó las manos marmóreas y blancas, como las azucenas, y fijó las llorosas pupilas en el rostro tétrico del tirano: á esta muda y elocuente súplica, hecha por el dolor, dió un paso todavía don Andrés hacia Carmen, como para confundirla del todo; detúvose luego, y señalando la puerta á Manuel, dijo:

—A la calle.

Carmela se levantó entonces con arrogancia; pareció como que de repente se transformó.

—Vamos, —dijo á Manuel con fría dignidad.







## XVI.

**H**UBO una circunstancia en aquel momento, que llenó á los tres personajes de turbación; las confusiones que sienten los culpables, cuando se hallan de pronto en la presencia de un carácter justo y enérgico. Había entrado Enriqueta.

Apareció tranquila y hermosa como siempre; digna y mesurada, con aquella majestad de reina y aquella frente de virgen; tenía los ojos enrojecidos como de haber llorado mucho; condición propia de las almas grandes; ¡llorar las flaquezas de los otros!

—¿No lo habéis oído?—interrogó á los jóvenes, con un acento singular, que no pudieron comprender si era de ternura ó desprecio; de cólera ó indiferencia:—¿no habéis oído? ¿por qué os detiene mi presencia? Salid. Pero tú, Carmen, irás á tu cuarto. Tú, Manuel, á la calle; tienes talento y eres hombre de valer; vive pues, por ti, que es la vida más honrosa; ya tú debes comprenderlo; es imposible que permanezcas en esta casa un solo minuto.

La voz dulce y grave de Enriqueta, introducíase en los corazones, como una armonía; aquellas tres criaturas que la escuchaban, inclinaron la frente, desde que dió principio á su peroración, como reos miserables en presencia del Dios de justicia.

Consiguió con estas palabras, lo que no había conseguido D. Andrés con toda su furia; cada uno de los jóvenes, salió por un lado, sin mirarse; Carmela, se metió en su cuarto á llorar; encerróse Manuel en el suyo y poco después salía de la casa para no vol-

ver á ella, pero con proyectos verdaderamente locos.

En menos de un segundo, pasó por la imaginación de D. Andrés toda la historia de sus mocedades, y como página saliente de aquel gran libro monstruoso, contemplaba la figura dulce y poética de Lucía, aquella primera esclava y mártir suya que encontró á su paso, para matarla con su egoísmo bestial. Nunca como en aquel terrible instante, en que tenía sobre sí la mirada serena de la otra mártir, de su esposa, había recordado con tan minuciosos puntos, aquel tiempo que en vano trató de borrar después de su memoria, procurando acallar la conciencia con una conducta ejemplarísima. Vió á Manuel en el olvido, cuando estaba en su más tierna edad, y á la triste madre, muriendo desesperada de hambre y de pasión, y perdonando al vil en su muerte, con tanta solicitud y tanto afán como le quiso mientras vivió; tuvo él después, un arranque espontáneo recogiendo al niño que

quedó en abandono completo; aunque lejos de su casa, procuró que nada faltase al inocente fruto de la bajeza cometida con la que fué á la fosa común, sin mortaja, sin compañía de amigos, y siendo profanación de los indiferentes, sus carnes enflaquecidas y transparentadas entre los andrajos rotos. ¡Qué era aquello, con que quería acallar el grito de su conciencia! Con socorrer al hijo, ¿daría ya la vida y la honra que robó á la madre? Pero no se detuvo en su camino: tomó otra mujer, cuya posición, aunque legal, envolvía otro crimen, la muerte de Medrano; tuvo una hija á quien adoró con delirio ciego; sintió horror entonces de que Carmen pudiera verse un día seducida, abandonada, hambrienta y andrajosa, y entonces, aquel hijo de la desgracia, fué introducido en el mismo hogar que santificó siempre la honrada madre. — ¡Justicia del cielo! — pensaba D. Andrés, con la vista inclinada y el entrecejo sombrío. Allí estaba Manuel, el hijo de Lucía; la venganza de la muerta y

el castigo suyo. No podía comprender aún el desgraciado, hasta qué punto pensaba bien, al pensar aquello.

No he de detenerme aquí en otras reflexiones, que ya el lector no necesita; me contentaré con copiar seguidamente el diálogo que sostuvieron los esposos, y lo haré sin reticencias, de apartes, ni acotaciones, que no sean las indispensables. Todo lo que don Andrés había reflexionado, pasó muy pronto por su imaginación; el tiempo únicamente necesario para que se alejaran Carmen y Manuel. La tía de Pedro, estuvo en la puerta de la habitación hasta que se perdió el ruido de sus pisadas; la cerró luego y volvió á D. Andrés; fijó en él un instante, sin hablar, sus pupilas límpidas y tristes.

—Andrés—dijo,—hace poco tiempo, minutos nada más, intenté hablarte de un asunto: al saber de lo que se trataba, aplazaste nuestra conferencia, y me pareció que la rehuías; el estado en que te hallo, la turbación de ellos, las lágrimas, y algo que no

me explico además, algo que parece surgir del misterio, para flotar invisible sobre nuestras cabezas, me dan ánimo para pedirte, aun contrariando tu voluntad, que escuches todo lo que te voy á decir y ¡quién sabe si Dios tendrá compasión, separando de nosotros ese enemigo á quien no vemos, á quien no veo! pero que estoy segura, porque mi corazón no me engaña, de que ha de caer sobre nuestras cabezas y aplastarnos.

— Yo — añadió Enriqueta profundamente conmovida—no he de cansarme nunca de sufrir, cuando sufren los seres amados; yo, caeré, no lo dudes, con el primero que caiga, sin quejarme, sin llorar—y Enriqueta pugnaba por contener el llanto—y aunque pasara mi existencia toda de ese modo, ni una protesta, ni una súplica saldría de mis labios para los que quieren destrozarse en el combate, sin ver que estoy en medio y que caen sobre mí los golpes que unos á otros se asestan. Pero ya he de tomar parte también, favoreciendo á quien más lo

necesite, para que termine de una vez esta sorda lucha que es inhumana y que no quiero pensar á quién se debe, porque no quiero hallar culpas en nadie.

Sintióse anonadado D. Andrés ante la mirada profunda que le dirigió Enriqueta, al decir sus últimas palabras.

—¿Qué ocurre, Andrés? ¿Qué sucede?— interrogó ella de pronto—¿Por qué sufren ellos hasta el desvarío? ¿Por qué sufres tú igualmente? ¿Qué te obliga? ¿Qué piensas? ¿Por qué estorbas la felicidad de ambos?

—No, Enriqueta,—contestó él, confuso y sin acertar con razones—¡no es nada! y no sé por qué parece preocuparte tanto un asunto que en sí ningún interés encierra.

—Bueno, no lo digas; no me lo confíes; no ha sido tampoco mi intención que hables por la fuerza, pero estoy convencida de que debo obrar ya con decisión.

—¡Tú, Enriqueta!

—Yo sí... y no sé cómo dar principio. No conozco tus secretos... guárdalos; pero aun-

que ya no me quieras como antes, aunque ya sea yo para ti un sér extraño en quien no confíes, yo debo seguir cumpliendo con mi deber; porque si no tengo hija ni tengo esposo, ultrajándome la una y siendo al otro indiferente, no he de olvidar por eso nunca que soy madre y que soy mujer; que mi misión única consiste por lo tanto en amar á mis hijos y á mi esposo.

Acercóse vivamente D. Andrés á Enriqueta; la cogió las manos, que estrechó con ternura y secando sus lágrimas, exclamó afanoso:

—Dime por Dios, ¿qué es lo que hace brotar este llanto que me quema el corazón?

—¡Oh, también yo sufro, Andrés! También lloro en el misterio, sin la triste alegría, en medio de mis dolores, de saber la causa de mis pesares, puesto que no sé la de los tuyos.

—Enriqueta, yo creí que en la terrible tempestad que amenaza envolvernos, en esas olas iracundas que me parecen de sangre,

eras tú la que te mantenías serena y dichosa con la tranquilidad santa de los buenos, sin que turbase tu alma un dolor ni una inquietud.

— ¡Qué palabras dices, Andrés! me das miedo; pero aunque fuese como tú dices, sería egoísta. ¿Y la desventura de los que á mi lado están, de los que conmigo viven, de los que me aman y á quienes amo? ¿Es posible que yo pueda vivir en calma, comprendiendo que sufrís vosotros? Una madre y una esposa, óyelo, Andrés, y nunca lo olvides, siempre tiene algún afán inmenso, alguna pena que sufrir, por su esposo, que es su alma, y por sus hijos á quienes ve llorar y retorcerse en la sombra. Mira, Andrés; yo lo sé todo, aunque nada me han dicho; yo lo sé todo, y ¡ojalá! que hubiesen mis ojos cegado al ver lo que vieron, y ¡ojalá! que hubiese yo muerto de repente al oír lo que oí. Por eso, porque he visto y oído, me creo bastante á dar un consejo; para dártelo á ti; Manuel y Carmela se aman. Cásalos.

Profundamente conmovido y queriendo demostrar indiferencia bajo una gravedad fría, preguntó D. Andrés con lentitud.

—¿Podrás decir lo que significan esas palabras?

—Debes explicártelo sin que yo lo haga, que hartó fácil podrías ver en lo profundo de todo esto, solamente con lo que ya has visto.

—¡Grave pones el asunto!

—Grave, sí, pero no soy yo quien lo pongo, lo pusieron ya —siguió Enriqueta suspirando con amargura,—pero he dicho una vez y lo repito ahora, que no quiero encontrar pecados en nadie; por eso no los busco; ¡tengo tan poca seguridad de no encontrarlos, á poco que buscase! En fin, dejemos eso; perdóname si te estoy molestando, perdónamelo Andrés ¡si tú supieras! Es tan doloroso lo que he de decirte, que cuando ya lo sepas, comprenderás al mismo tiempo que mis dudas é incertidumbres antes de hablar se truequen en palabras... sin

sentido, si tú quieres, pero rodeos que son naturales...

Y se interrumpió al llegar aquí, ruborosa, intranquila; mirando á todos lados, como si únicamente ella entre tanto criminal hubiese cometido el crimen; como si únicamente ella, entre tantas culpas, hubiera sido la menesterosa de absolución. Pensaba en su hija, en su pobre Carmela, y misericordiosas lágrimas de amor brotaban á los ojos bellísimos de la bendita mujer que tan santamente ponía en ejecución el poema divino de las madres.

—Vamos, Enriqueta, —díjole Andrés esforzándose por consolarla—no te dejes llevar de ese modo de tus propios sentimientos; tranquilízate y dime todo lo que quieras, dímelo todo; tú eres impresionable, —y hacía el desgraciado esfuerzos inauditos por sonreír—tú eres impresionable, ya lo creo; como nacida allá, en aquellas hermosas regiones, que parecen de los trópicos, donde la imaginación es fuego; donde se agrandan

las ideas para torturar el alma, y donde se pierden las memorias como se disipa el humo; habla; desahógate, así, á mi lado; que yo te oigo con la veneración que tú mereces; pero no te disgustarás luego si me río, después de oírte, porque seguramente, ya verás, ya verás si te hago comprender, cosa que ha sucedido en otras ocasiones, que eres exagerada como buena meridional. Vamos; que hables te pido—añadió D. Andrés, mientras acariciaba blandamente con la palma de una mano, el lustroso cabello de Enriqueta—á todo esto, no creas; yo sé de lo que vas á hablarme, de Manuel; de Carmela; de que si sufren; de que yo soy un terco y un intransigente; de que no me he conmovido con las lágrimas de Carmen, ni con las súplicas de los dos, y todo eso ¿por qué? porque tú no quieres comprenderlo, ni quieres desengañarte; tu hija, se parece á ti mucho; se impresiona de nada, es vehemente, piensa que ha de morirse si no se casa con Manuel y si no se casa en el acto, y eso es preciso

que se medite; son muy jóvenes los dos y presumo que su cariño es una tontería sin pié ni cabeza; un juego.

—Sí, un juego;—gritó Enriqueta, desesperada con la afable tranquilidad de su marido—un juego, no lo dudo; pero cuando al jugar se expone la riqueza del corazón y la riqueza de la honra, el juego es un crimen, y más criminal quien lo consiente, que los que juegan.

—Pero Enriqueta, ¿qué es eso? ¿Qué hablas? ¿Qué es eso de honra y de crimen?

—Ya te he dicho que puedo darte un consejo—añadió Enriqueta procurando calmarse—sigue ese consejo, porque nos conviene á todos, y déjame ya por Dios. Cásalos.

—Pues bien,—dijo D. Andrés fríamente—eso es un desvarío; yo no lo pienso como tú: no se casarán.

—Pero si tú calificas ese matrimonio de insensatez, y no eres insensato, expón las causas que tengas; y no me las expongas á

mí, sino á ellos mismos; convéncelos si puedes, que contra todas tus razones, por grandes que sean, tendrán una en último término, que hará inclinar tu frente.

—¿Pero qué te hace pensar de ese modo, Enriqueta?

—La razón.

—Yo respeto mucho tus opiniones, pero esta no puedo acatarla.

—¡Ah, desgraciado, luz el ciego necesita...

—¿Para ver lo que no ví?—replicó don Andrés, interrumpiéndola con arrebato —pues hágase la luz, que yo la invoco más que tú puedas invocarla: resplandezca de una vez; palpíte en mi cerebro y acabe con mis torturas.

—Mira, Andrés,—dijo ella, muy bajo—anoche estaban los dos aquí en amante cita.

—¿Y es todo eso lo que pasó? ¿se reducen á todo eso, tus lágrimas y tus locos temores? ¿Se dieron una cita? Bueno; con separarlos para que no vuelvan á verse ni á citarse, ni á cometer tonterías propias de la

inocencia, se corta el mal de raíz, separándolos.

—Dios ha vendado á la inocencia los ojos.

—Mejor,—replicó D. Andrés con cierta acritud que no pudo disimular, ante la insistencia de su esposa—no ven así. ¿Qué hay que temer de unos ojos cerrados?

—Que los abra el remordimiento para llorar.

—Pero en resumen, ¿qué deseas? ¿Qué tienes que decirme?

—Que consientas en ese matrimonio.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque es imposible.

—Una razón, una sola—exclamó Enriqueta con sequedad.

—No puedo darla.

—No la tienes.

—Bien: no he de contradecirte: por de pronto se hará lo que he pensado, Manuel sale de esta casa, y tú vigilarás á Carmen.

Sentía Enriqueta batallar en su imagina-

ción un pensamiento: el de revelarlo todo; había tratado de contenerse, pero érale ya imposible: al comprender la irrevocable decisión de su marido, se le dilataron los ojos, se tiñó su frente de púrpura.

—Pero desgraciado—gritó desesperadamente.—¿Tú eres ciego, ó yo estoy loca? Dímelo ya de una vez. ¿Te callas? ¡Luego tú eres el que deliras: sí, porque todo lo que ya sea separarlos, es el desvarío verdadero; porque todo lo que no se haga ya por conseguir esa unión, es el consentimiento del crimen y de la deshonra.

¡Qué rayo de luz! ¡Qué horrorosa sospecha cruzó de repente por la imaginación del padre! Miró á Enriqueta, é inundábale sudor frío.

—¡Enriqueta! ¡Enriqueta!—exclamó temblando y con un tono de indecisión y duda que aterraba.—¡Enriqueta!—y la oprimía un brazo fuertemente—¿qué has dicho? ¡Habla pronto! ¿Pero no me oyes? ¿Pero no me ves? ¿Pero tú no te horrorizas de comprender lo que por mí está pasando?

Ella le miró espantada; pero comprendiendo que era ya imposible retroceder,

—Todo es inútil—dijo acongojadamente—ya es tarde.—Y como queriendo ocultar la vergüenza y el dolor de su hija, inclinó el frente, escondió la cara entre las manos y rompió en sollozos desgarradores.

—¡Pero habla! ¡explícate!—gritó él.—  
¡Si no te comprendo! ¡Si no quiero comprenderte!—y oprimía las carnes delicadas de la infeliz, con sus agarrotados dedos.

—¡Deshonrada!...—gimió ella.

—¡Deshonrada! ¡Por Manuel?

—¡Por Manuel! sí...

—¡No! ¡mentira!—exclamó roncamente—  
hijos del alma... ¡Carmen! ¡Manuel!... Anduvo algunos pasos por la habitación, como si le persiguiera oculto y feroz enemigo: llegó al fin á la puerta por donde sus hijos salieron, y la encontró cerrada... Rubias olas de sol, penetrando por los entreabiertos balcones, inundaban de luz aquellas dos figuras, propias de la tragedia, espantada la mujer, de ro-

dillas, intentando rezar y retorciéndose las manos en la locura de su dolor; y ante la puerta él, golpeándola, febril, calenturiento, con las facciones desencajadas, inmóviles las pupilas, con fijeza de loco, y brillándole á la vez como rayo de ocultas tormentas que rugían.

—¡Hijos! ¡Hijos!—exclamó de nuevo.—Se oyó un grito desgarrador: lo había lanzado Enriqueta, que corrió en vano á sostener al hombre. Este había caído pesadamente, rebotando su cabeza una vez y otra sobre el duro piso.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



